



Patronato de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

***La presente colección bibliográfica digital está sujeta a la legislación española sobre propiedad intelectual.***

***De acuerdo con lo establecido en la legislación vigente su utilización será exclusivamente con fines de estudio e investigación científica; en consecuencia, no podrán ser objeto de utilización colectiva ni lucrativa ni ser depositadas en centros públicos que las destinen a otros fines.***

***En las citas o referencias a los fondos incluidos en la investigación deberá mencionarse que los mismos proceden de la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife y, además, hacer mención expresa del enlace permanente en Internet.***

***El investigador que utilice los citados fondos está obligado a hacer donación de un ejemplar a la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife del estudio o trabajo de investigación realizado.***

This bibliographic digital collection is subject to Spanish intellectual property Law. In accordance with current legislation, its use is solely for purposes of study and scientific research. Collective use, profit, and deposit of the materials in public centers intended for non-academic or study purposes is expressly prohibited.

Excerpts and references should be cited as being from the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife, and a stable URL should be included in the citation.

We kindly request that a copy of any publications resulting from said research be donated to the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife for the use of future students and researchers.

***Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife  
C / Real de la Alhambra S/N . Edificio Nuevos Museos  
18009 GRANADA (ESPAÑA)  
+ 34 958 02 79 45  
[biblioteca.pag@juntadeandalucia.es](mailto:biblioteca.pag@juntadeandalucia.es)***

ON  
DE  
GRA

A-6  
r  
15



BIBLIOTECA DE  
LA ALHAMBRA

Est.

A-6

Tabl.

2

N.º

15



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

GONZALO DE CÓRDOBA



6

LA CONQUISTA DE GRANADA

ESCRITA

POR EL CABALLERO FLORIAN.

PUBLÍCALA EN ESPAÑOL

DON JUAN LOPEZ DE PEÑALVER.

CONSEJERIA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCIA

TOMO I.

Donativo del Sr. Conde de  
Bosch y Cabrerá á la Biblioteca  
de la Alhambra. 1939

MADRID.

EN LA OFICINA DE DON BENITO CANO.

1794.

BIBLIOTECA DE LA ALHAMBRA



# Á DON NICASIO ÁLVAREZ

DE CIENFUEGOS  
SU AMIGO  
DON JUAN LOPEZ DE PEÑALVER.

¿A quien, querido Amigo, deberé yo ofrecer estos ocios, fruto de momentos consagrados á la soledad y á la melancolía? Al que ha querido corregir la rudeza de mi pluma; al que ha hermoseado esta obrita con los versos que hay en ella; al que me estimuló á empezarla, á concluirla y darla á luz. Recibe, dulce Amigo, esta corta ofrenda que, por mi mano, te hace la Amistad.

## ERRATAS.

Pág. 1. línea 16. dice *arribé*, léase *arriba* : pág. 21. lín. 8. dice *que pasando*, léase *pasando* : pág. 49. lín. 13. dice *Ximeneo*, léase *Himeneo*.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

GONZALO DE CÓRDOBA,

6

LA CONQUISTA DE GRANADA.

SUMARIO DEL LIBRO I.º

**E**xposicion. Ofrenda á la nacion Española. Isabel y Fernando ponen sitio á Granada. Pueblos , y Héroes que los acompañan. Carácter de Fernando y de Isabel. Pintura de Gonzalo, Embaxador de Fez. Sus amores. Amistad de Gonzalo y de Lara. Descripcion del Africa. El Rey de Fez detiene á Gonzalo. El Héroe le obliga á firmar la paz. Peligro en que se ve Gonzalo. Sálvase un Cautivo. Huye en una barca , que se rompe en una tempestad. Gonzalo arribe á un navío. Encuentro que tiene en él. Combate y victoria del Héroe. Sale herido del combate. Llega á Málaga.

## LIBRO PRIMERO.

**C**astas Ninfas, que bañais las trenzas de vuestros dorados cabellos en las cristalinas ondas del Guadalquivir, y á la fresca sombra de los hojosos chopos, formais matizadas guirlandas de las olorosas flores, que nacen continuamente en los verdes prados de la Andalucía: venid, enseñadme á celebrar los héroes de vuestras riberas: recordad los combates sangrientos, que viéron los muros de Granada, las victorias de Gonzalo, sus amores y sus desgracias: contad como, preparada, al soplo de la discordia, la ruina de la gente Mora, el valor de Isabel y la prudencia de Fernando arrancaron la España á sus antiguos usurpadores. Adornad, Ninfas bellas, vuestros acentos de aquellas gracias nobles

(4)

bles y afectuosas , de aquella fecunda imaginacion , que tienen su trono en vuestro suelo patrio : encubrid la frente austera de la verdad , con las guirlandas que cifien vuestras sienes ; y á par que brindais á los corazones tiernos con las penas y los placeres, que algun dia probáron , recordad á todos los Reyes del universo , que los únicos apoyos del trono son la justicia y la virtud.

Generosos Españoles , nacion valiente y magnánima , madre de los amantes finos , eternos modelos de las almas sensibles y constantes : tú cuyos invencibles guerreros, haciéndote señora de inmensas regiones, forzáron al sol á que jamas muriese para tu dilatado imperio , acepta mi tributo : yo te consagro en esta humilde ofrenda, aquellos dos sentimientos, ídolo de tus grandes almas, sagrado honor , y amor ardiente.

Isa-



Isabel reynaba en Castilla; y Aragon obedecia á Fernando. Los dos Soberanos unidos por un himeneo feliz, habian entrelazado sus coronas, sin confundir sus Estados. Ambos en la flor de su edad, ambos igualmente inflamados del ardiente deseo de la gloria, veian con indignacion los mas hermosos paisés de España, baxo la dominación de los Musulmanes. Ocho siglos de victorias no fuéron bastantes á arrancar de las manos de los hijos de Ismael, todas las conquistas de sus abuelos. A veces vencidos, pero nunca deshechos, aun poseian las deliciosas orillas que baña el mar de Africa, desde las columnas de Alcides hasta el sepulcro de los Cipiones. Granada era su capital, y solo los estados de Granada hacian á Boabdil un Monarca poderoso.

El feroz Boabdil habia provocado

la cólera de Isabel. El desprecio de los tratados en las excursiones de la Andalucía, aceleró el día de la venganza, y la trompeta guerrera resonó desde donde muere el Bétis hasta el nacimiento del Ebro. Toda la España se conmueve : Fernando acude con sus animosos Aragoneses : el fiero Catalan, el fogoso Valenciano y el Balear astuto siguen sus pasos : los agrestes Asturianos baxan de sus enriscados montes : el antiguo Leon junta sus falanges : los fieles Castellanos vuelan á las armas ; y los esposos regios, dueños ya de casi todas las plazas, que impedían el acercarse á Granada, ponen sitio én fin á sus muros.

Jamas se vió una sola ciudad amenazada de tantos Capitanes ilustres: jamas un mismo campo reunió tantos héroes. Allí se distinguian los Mendósas, los Nuñez y los Medinas : Guzman,

man, el orgulloso Guzman, fiero de su descendencia real : Aguilar que veia mayor antigüedad en la virtud que en la nobleza : Hernán Cortes, que apenas salido de la infancia, manejaba por la primera vez el acero que habia de domar á México : el amable Príncipe de Portugal , Alfonso yerno de Isabel, Alfonso que habia de costar tantas lágrimas á la desgraciada esposa condenada á sobrevivirle : el invencible Lara , amigo y apoyo de los oprimidos, Lara honor de su Nacion, caro á su patria , mas caro todavía á la amistad, de que era modelo fiel : el venerable Tellez , baxo cuyas respetables canas ardia un ánimo juvenil , que cinquenta años admiraron al frente del esquadron indomable de los Caballeros de Calatrava ; y una multitud de guerreros , la flor y gloria de España, que todos habian reconocido por xefe

al feliz esposo de Isabel , todos habian jurado morir ó vencer baxo el mando de Fernando.

El Monarca modera el ardor de los Capitanes , y quiere diferir los asaltos. Consumado en el arte profundo de dividir para reynar , de preparar la victoria ántes de correr á la batalla , habia fomentado en Granada las disensiones que la agitaban , procurando debilitar un pueblo que pensaba atacar prontamente. Impenetrable en sus designios , y constante en seguirlos en el silencio , camina por largos rodeos para adelantar el feliz éxito. No le irritan los obstáculos , porque su prudencia los ha prevenido todos : no le sorprehende lo futuro , porque su sabiduría lo hace todo cierto. Activo, paciente , infatigable , rival del mas bravo en la guerra , sin rival en los consejos , su brazo fixaria la fortuna,

si

si su penetracion no la hubiera enca-  
denado.

La animosa Isabel solo quiere ven-  
cer. Animada del amor ardiente de su  
religion y de su pueblo, persigue al  
Moro, irreconciliable enemigo de su  
nacion y de su fe. El honor le manda  
volar al combate: el honor es su única  
prudencia. Su alma grande no necesita  
jamás ocultar sus sentimientos. Acostum-  
brada á dar cuenta á Dios de los mas  
secretos pensamientos, teme poco á los  
ojos de los hombres, y marcha con la  
frente serena, apoyada en su virtud.  
Generosa, magnánima, sensible, severa  
consigo misma, justiciera con todos,  
exemplo é ídolo de sus vasallos, su con-  
sejo está en su deber, su fuerza en su  
ánimo, su esperanza en el ser eterno.

La sangre de ambos partidos habia  
ya salpicado los campos, y desde el  
principio del sitio habia el sol corrido  
la



la mitad de su carrera , sin que nada anunciase todavía, que Granada se debilitaba , ántes bien parecia que recobrabá nuevas fuerzas, desde que el mas intrépido , el mas temido de los Españoles , Gonzalo , faltaba del campo; Gonzalo , que todavía no ha cumplido cinco lustros : á quien los Capitanes ancianos consultan con respeto : Gonzalo , cuyo brazo terrible no ha encontrado un adversario que pusiese en duda la victoria, y en quien los mismos vencidos reverenciáron las virtudes. Nacido en Córdoba , y criado entre las continuas guerras, que mantenía Granada con sus vecinos , los combates fuéron sus juegos, y los despojos Moros su patrimonio. Desde su tierna infancia supo vencer, y agradar con los dones de que la naturaleza pródiga le colmó. Cubierto de acero, su frente ceñida del morrion , la esta-  
tu-

tura, el ayre magnánimo, la fuerza mas que humana, el valor superior á la fuerza, son el espanto de los guerre-  
ros. Desarmado, la belleza y la gra-  
cia, las miradas dulces y penetrantes,  
las facciones dó se hermanan la noble-  
za y la afabilidad, arrastran todos los  
corazones. Sus rivales zelosos léjos de  
él, no se atreven á estarlo en su pre-  
sencia, y la desesperacion de la envi-  
dia se muda en la necesidad de amarle.

Gonzalo era entonces víctima tris-  
te de la mas baxa perfidia. El Monar-  
ca de Fez, Seid, solicitado por los  
Granadinos, habia amenazado con las  
armas las orillas de Andalucía. Los  
Reyes deseaban la paz con el Africa-  
no, por no distraerse de su meditada  
conquista. Ofrécnle las condiciones;  
pero instruido por la fama del grande  
nombre de Gonzalo, Seid pidió que  
el Castellano viniese de Embaxador á

su Corte, negándose á tratar con nadie sino con tan célebre guerrero. Isabel vacila por mucho tiempo ; pero el temor del nuevo enemigo , la esperanza de la pronta vuelta del héroe, la determinan al fin. Gonzalo instruido mucho ántes en la lengua y costumbres de los Arabes , va encargado por sus Soberanos de asegurarles el reposo. Un navío le lleva á Fez, en donde el pérfido Seid , á ruegos de Boabdil , lo detiene baxo diversos pretextos , dilatando el firmar la paz , y dando de este modo tiempo á Granada para respirar.

Incapaz de desconfianza, pero irritado de tanta dilacion , Gonzalo se queja de un honor que pone en inaccion el valor. La gloria de que está ansioso no es sola la que hace suspirar su corazon : otra pasion mas viva y ménos feliz , le ocupa enteramente. El amor , el temible amor habia sojuzgado

do aquella alma fiera, y el héroe había conocido su poder en el seno mismo de los combates y de la victoria.

Poco tiempo ántes del sitio, Gonzalo, vencedor de los Moros, llega al pie de los muros de Granada, triunfa de nuevo, entra en la ciudad esparciendo por toda ella el terror y la muerte. A su vista caen y huyen los Moros: un arroyo de sangre señala el lugar por donde ha pasado. En este día acabara Boabdil y su imperio, si los Castellanos hubieran podido seguirle. Zulema hermana del Rey, hija del virtuoso Muley Hassem; Zulema que desde su aurora, eclipsaba todas las bellezas del Africa y la Iberia, sale en medio del pueblo aterrado, se desmaya á la vista de la carnicería, y temblando cae de rodillas en las gradas del Palacio Real. Tiende los brazos al cielo, y el rostro anegado

do

do en llanto, invoca al Todo-poderoso, pidiéndole afligida que alejase aquel terrible guerrero que camina acompañado de la muerte. En este instante se presenta Gonzalo, la espada en la mano, cubierto de sangre, abriéndose camino al traves de las víctimas y de los fugitivos. Corre, vuela, llega á la Princesa.... su espada queda inmóvil, la mano detiene el fogoso caballo, y lleno de admiracion contempla aquel rostro encantador, que el dolor hermo-scaba, aquellos ojos en que el brillante azul enternecia y ardia á un tiempo, y la noble frente en que estaban unidas la magestad y el tímido pudor, aquellas largas trenzas de ébano, la mitad flotando desordenada entre un velo de púrpura, y la otra mitad que bañada en lágrimas cae y reposa sobre el mármol. Todas las gracias, todos los atractivos con que la naturaleza se-



complace en ornar la amable virtud, adornaban la hermosa Zulema. Tal y quizá ménos bella se mostró la sensible Ximena, quando vino á implorar á su Rey contra un héroe á quien adoraba.

Gonzalo siente palpitar su corazon, y sacia los ojos con el dulce veneno del amor. Tiembla, suspira, se abrasa, y su alma entera está penetrada de un fuego devorador. Olvidándose de Granada, de la guerra y del riesgo en que está, va á saltar del caballo para tranquilizar á la Princesa; pero los enemigos ya reunidos vienen sobre él, y le acometen por todos lados. Los innumerables golpes que descargan sobre sus armas, le arrebatan de sus tiernos pensamientos, y volviendo en sí, quiere pelear y no encuentra su primer ardor. En fin cede á la multitud, mirando siempre á Zulema, rechazando

do



do con débil mano los alfanges que le amenazan , y teniendo en poco la gloria y la vida como vuelva á mirar á aquella que no puede dexar , á aquella de quien en adelante dependerá su destino , saliendo al fin vencido y sojuzgado de la misma ciudad en donde poco ántes le habian visto penetrar como formidable conquistador.

Desde este dia el triste Gonzalo alimenta un amor sin esperanza, en los disgustos y la amargura. Ignorando el nombre de la que ama , tiembla pensando si será esposa ó amante de algun héroe ; y aun quando fuera vano su temor , ¿cómo podia prometerse el verse amado, siendo el mayor enemigo de la Religion de su pueblo , el terror de Granada , y presentándose delante de ella teñido en sangre de sus defensores ? Cubierto con la visera, Zulema no podia haber leído en sus ojos

su amor, su profundo dolor y el arrepentimiento de sus hazañas. Apenas se atreve á conservar la esperanza de volverla á ver; pero ocupado continuamente el pensamiento en su imagen, la lleva siempre consigo. En el combate, en el reposo, en el tumulto, en la soledad, ve siempre la imagen adorada; contempla aquella celestial belleza arrodillada delante del palacio, levantadas las manos y los ojos al cielo; oye su voz dolorida, distingue sus tiernos acentos, y cree recoger de sus labios las lágrimas que cubrían su rostro.

La fortuna habia concedido á Gonzalo, que la dulce amistad le acompañase en su infortunio. Lara, el sensible Lara ama á Gonzalo mas que su propia vida, le ama como la gloria. Unidos desde la tierna infancia, criados en la misma ciudad ó mas bien

en los mismos campos de batalla, juntos aprendieron á pelear, y siguiéron con igual paso la carrera de los héroes. Jamas experimentáron un sentimiento que no fuese comun á ámbos; y los intereses y deseos del uno ocupaban y atormentaban á su amigo mas vivamente que á sí mismo, estimándose á sus propios ojos por las virtudes del que amaban. Lara no conocia el orgullo, sino quando hablaba de Gonzalo : Gonzalo no dexaba de ser modesto, sino refiriendo los hechos de Lara : sus almas se buscaban continuamente, y no poseian todas sus facultades hasta haberse encontrado : nada podia conmoverlos hasta este momento feliz : los mas secretos pensamientos eran una carga superior á sus fuerzas, y corrian á librarse de ella comunicándoselos. No de otra suerte dos tiernos olmos brotan de dos vástagos vecinos,

se apoyan uno en otro, crecen juntos,  
 confunden sus ramas pomposas, y do-  
 minan los bosques cercanos. *Intermedio*  
 Ay! qué de lágrimas derramaron  
 quando fué preciso separarse! Qué  
 tierna fué su despedida! Estrechándose  
 mutuamente entre los brazos, se se-  
 paraban, y volvian á abrazarse, sus  
 corazones agenos de toda temor en los  
 peligros mas terribles, temian los me-  
 nores acasos que pudieran amenazar á  
 su amigo. Gonzalo pedia á Lara que  
 no buscasse los peligros en ausencia de  
 su hermano. Lara suplicaba á Gon-  
 zalo el moderar su natural animosidad  
 en la Corte de un Rey pérfido y cruel;  
 ámbos rogaban á Isabel que los dexa-  
 se partir juntos, pero el Ejército de-  
 masiado débil, necesitaba uno de los  
 dos héroes. Gonzalo se vió en la ne-  
 cesidad de hacerse á la vela, y Lara  
 desde este momento funesto, sin ardor



y desanimado, se cree solo en medio del campo. Ya no le excita el sonido de la trompeta. ¿Para qué vencer si su amigo no ha de gozar de la victoria? Solitario, adusto, feroz huye de sus Reyes y sus compañeros; busca el silencio de las soledades; trepa por los montes encuinbrados para tender la vista por el mar de Africa. Allí respira Gonzalo: allí es donde todavía más digno de compasion, desterrado lejos de su patria, lejos de su amigo, lejos de su amada, Gonzalo suspirar se irrita, cuenta los momentos que no puede acelerar, y despedaza sin cesar un corazon en que redobla el tiempo las heridas.

Quanto mira al rededor de sí aumenta sus tormentos. Sobre una tierra árida y ardiente, sembrada de algunas palmas, se ve un pueblo de esclavos sometidos á un Déspota feroz. En

vano el infeliz Africano riega con el sudor de su frente los áridos surcos que alimentarán su familia. Apenas amarillean sus mieses, quando espesas nubes de langostas vienen á devorarlas en un dia, ó si se libra de esta plaga terrible, los Visires, los Gobernadores, Reyes de las Provincias, que pasando rápidamente del trono al cadalso, de la diadema al cordón, se apresuran á cebarse en la sangre de los pueblos, y acumular inmensos tesoros para comprar sus delitos. El soberano de estos numerosos tiranos, adormecido en una indigna molicie, é infatuado con brutales deleytes, no se acuerda de que es Rey sino para ordenar una injusta muerte. Los mas desenfrenados deseos, los mas atroces caprichos, en su boca, son las Leyes sagradas del imperio. Sus vasallos consagrados á la infelicidad trabajan y

mueren á su antojo. Sus bienes, sus mu-  
 jeres, sus hijos le pertenecen: al menor  
 indicio quedan despojados: á la menor  
 sospecha saltan sus cabezas. En estas  
 barbaras regiones la sangre de los hom-  
 bres se aprecia ménos que el agua de  
 que el cielo se muestra tan avaro; y  
 el Monarca se regocija de exercer las  
 horribles funciones de verdugo.

Tal es la Corte, en donde el mas  
 sensible y mas generoso de los mortales  
 se ve precisado á pasar los dias,  
 que quisiera borrar de su vida. En  
 vano se indigna, amenaza, se queja  
 á Seid, con aquella altiva libertad de  
 que se alimentan las almas grandes.  
 Seid le teme, huye su presencia, y  
 se oculta en el fondo de su serrallo.  
 Los Visires, acostumbrados á la astu-  
 cia y al fraude, aplacan al héroe con  
 ofrendas, engañan al Embaxador con  
 juramentos, y el invencible Gonzalo á  
 quien

quien todo cede en las batallas, á quien no resiste ningun muro, se ve burlado de viles ministros, y cautivo de un Rey que desprecia.

La luna habia ya renovado dos veces sus luces, desde que Gonzalo arribó á las orillas de los Africanos. Cansado de tantas perfidias, quiere en fin obligar á Seid á romper aquel silencio que le ofende; é informado del dia en que el Monarca ha de ir á la mezquita, le espera solo en el camino. Descúbrele y se adelanta. El continente, el ayre, la audacia del héroe intimidan á la guardia y se aparta. Parado delante de Seid, en una mano el tratado y en la otra la espada desnuda, con voz alta y firme le dice: Rey de Fez, aquí tienes la guerra, ó la paz: escoge al instante: cien mil cuchillas, iguales á esta que brilla en mi mano, solo esperan una palabra de mi boca, para

venir á derribar tu trono y tus muros, entre rios de sangre : todas están sobre tu cabeza : si vacilas van á descargar el golpe.

Seid turbado, le mira : su vista le atemoriza, é inclina la pálida frente. La Corte tiembla, el pueblo huye, y los soldados se disponen á abandonar-le. El Rey de tantos esclavos, amedrentado al aspecto de un hombre libre, firma el tratado sin responderle. Gonzalo satisfecho se retira, y va á prepararse para partir.

Pero los Visires de un Déspota le persuaden con frecuencia el crimen; y los de Seid mas irritados que el Monarca mismo, le instan á tomar venganza. Gonzalo habia despreciado su poder : Gonzalo merecia la muerte. Castigando á un temerario que ha ofendido al Rey con su orgullo, Granada quedará libre, y la España perderá su

más firme apoyo. La política y la venganza lo exigen: la muerte del héroe es justa; desde el instante que es útil; y los horribles consejeros determinan al Monarca á hacerse asesino.

Al punto se mandan tomar secretamente todos los caminos por donde Gonzalo ha de pasar: mil hombres no les parecen bastantes para que perezca un guerrero solo. La astucia unida á la fuerza, escoge el lugar del ataque, corta todas las comunicaciones, y oculta cuidadosamente los preparativos, mostrando aquellos bárbaros mas inteligencia en dirigir viles asesinos, que nunca emplearon para pelear contra sus enemigos.

La noche habia ya tendido su manto, y Gonzalo sin recelo pensaba salir de Fez al rayar el día. Tranquilo en su Palacio, gozaba de la dulce esperanza de abrazar pronto á su amigo,

y derramar en su tierno corazón las penas que había padecido. Acercarse á los sitios donde habita la que amaba: poder acaso penetrar otra vez en ellos, y encontrarla cerca del Palacio: defender y salvar su vida: obligarla al reconocimiento ántes de declararle su amor: todas estas quimeras de que se alimentan los amantes, y las miran como verosímiles, entretenían á Gonzalo, quando de improviso oye, cerca de su Palacio, tocar un instrumento que el héroe reconoce, y recordándole su patria, cautiva su atención. El héroe escucha, y una voz trémula cantó en castellano estas palabras:

Incautos hijos de Marte.

Imprudentes amadores

la fortuna en sus favores

tal vez os pierde falaz.

Velad, velad.

¡Quántas veces silenciosa

va la traición siguiendo

con fementido semblante  
al invencible guerrero!

Y quando ya su inocencia  
y su gloria, sin rezelos  
llevó al escondido lazo  
le oprime en triunfo perverso.

Incautos hijos de Marte &c.

El Ruiseñor, paseando  
de palma en palma su vuelo,  
las selvas llena de amores  
que léjos repite el eco.

¡Y el Gavilán entre taufo  
desde sus rocas cayendo  
se arroja sobre él : ¡ ay triste!  
que muere entre sus gorgéos!

Incautos hijos de Marte &c.

Yo he visto al Rey de las fieras  
que al cazador persiguiendo,  
llega al precipicio triste  
en falsas ramas cubierto.

Las huella, cae; y al instante  
por mas que ruja, indefenso,  
de su triunfante enemigo  
perece al tímido esfuerzo.

Incautos hijos de Marte &c.

Gonzalo admirado al oír su lengua,  
atento al sentido de las palabras,  
que se dirigian al parecer á él mismo,  
tíen.



tiende los ojos por la plaza inmensa en donde se elevaba el Palacio, y descubre, á la claridad de la luna, un anciano, cuya blanca barba baxaba hasta la cintura, vestido de cautivo, arrastrando la cadena de la esclavitud, huyendo de los Moros atraídos por su voz.

Conmovido el corazón del héroe á la vista del anciano, baxa á la plaza, se acerca al cautivo, y le pregunta en castellano si la España es su patria. Español soy, responde el esclavo, pero nos observan y no puedo hablar. Si Gonzalo ama á su patria; si quiere librarla de una horrible desgracia; que vaya al punto al jardín de las palmas.

El anciano le dexa y desaparece. Gonzalo queda inmóvil y duda de lo que ha de resolver. Conoce la perfidia del Moro; se halla solo, desarmado,

y en el silencio de la noche : vacila si seguirá al esclavo que no conoce. ¿Cómo puede estar en sus manos la suerte de la España?... Pero el esclavo es un anciano , un Español , un infeliz: Gonzalo se resuelve , y confundiéndose con la multitud del pueblo , se dirige al Jardin de las palmas , parage solitario y desierto dentro de la misma Ciudad.

El anciano le esperaba á la entrada , y apenas descubre al héroe , corre á él , se echa á sus pies : ¡ Ó gloria de mi patria ! le dice casi falto de aliento : valeroso hijo de mi Señor ! al fin salvaré vuestros preciosos dias. ¡ Ah ! Perdonad mi alegría , y permitid que mis tiernas lágrimas bañen vuestras manos triunfadoras. Pero , vos me mirais con admiracion fria , mientras que yo me sacio de la delicia de contemplaros. - ¡ No podeis conocerme,

aman-

amándoos por tanto tiempo! Yo soy Pedro, yo soy criado antiguo del Conde vuestro padre, á quien serví quarenta años : yo le seguí en mil batallas : yo os ví nacer Gonzalo, y os tuve en estos cansados brazos ; pero quando los Moros me cautiváron, aun estabais en la cuna. Veinte años ha que soy esclavo, y en tantos dias dolorosos, no ha pasado uno sin que Pedro vertiese lágrimas por la memoria de vuestro Padre, sin que pidiese noticia de su digno hijo, á los Españoles conducidos á estas mazmorras. Ellos me han contado vuestras hazañas, y me han ayudado á soportar la vida. Al fin os veo, al fin beso los pies de Gonzalo, y voy á librarle de la muerte. ¡Lodo seas Dios eterno! Este solo beneficio me hace olvidar todos los males que he padecido.

En diciendo esto, estrecha contra sus  
la-

labió la mano del héroe, y Gonzalo enternecido le abraza, renueva la triste memoria de su Padre; y pregunta á Pedro, cuál es el peligro que le amenaza.

Señor, le dice el cautivo, yo lo sé por ellos mismos: esos monstruos han revelado delante de mí su horrible secreto. Condenado á trabajar en los jardines, descansaba baxo una enramada de mosquetas quando el Rey, acompañado de su Visir, se paró en el mismo sitio. ¿Estás seguro, dixo el Monarca, que ese osado Castellano no escapará con la vida? Os lo juro por el profeta, respondió el atroz Ministro: mil negros estan ya apostados en los dos caminos de la mazmorra: las puertas de Fez estan guardadas, y solo sus criados pueden penetrar en su Palacio. La muerte cerca á Gonzalo, y dentro de pocos instan-

tes pondré á vuestros pies su cabeza.  
 Temblando al oír estas horribles  
 palabras ; pero animado por mi zelo,  
 me resolví á salvar á mi Señor. Dios  
 sin duda ha guiado esta difícil em-  
 presa. En las pocas horas que me que-  
 daban , he preparado vuestra fuga ; y  
 no pudiendo llegar hasta vos , mis acen-  
 tos , en nuestra lengua , os han trai-  
 do á mí. Lo demas está en vuestra ma-  
 no, Señor; pero yo os pido, yo os con-  
 juro en nombre de nuestra amada pa-  
 tria , en nombre de vuestro augusto  
 Padre , que olvideis un dia , un so-  
 lo dia ese valor intrépido que ahora  
 os seria fatal. Abandonaos á mi fe , y  
 seguid mis intentos : todos son licitos  
 para librarse de unos viles asesinos.  
 Pero si mi ruego no os mueve , si vues-  
 tro valor os dicta arrostrar una muer-  
 te segura , inútil , funesta á vuestros  
 hermanos y á vuestra patria, derrad-  
 nad

mad primero la poca sangre que queda en mis venas, y así evitaremos los horribles tormentos á que me condenarán estos bárbaros, y el dolor profundo de sobreviviros algunos instantes.

El héroe le tranquiliza, y le promete seguir sus consejos. El anciano le guía al fondo de un bosque solitario, adonde ocultaba un turbante, un vestido moro y un alfanje africano.

Perdonad, le dice, perdonad; pero solo esta vestimenta puede engañar los satélites que guardan las puertas.

Rodeados de enemigos, distantes tres dias del mar, no podemos ir á buscar vuestro navío: estando vos libre vuestros criados serán respetados, y vuestra embarcacion los conducirá á España. En quanto á vos, el engaño es indispensable, y si vuestro gran corazon lo repugna, pensad que vais á Granada, adonde podreis mostrar Conr

zalo á los Moros y á los Castellanos.

El héroe vacila, no obstante su promesa : teme empañar su frente ciñéndola con el turbante, y cree envilecerse disfrazándose con el vestido moro ; pero instado de Pedro , cierto de que los caminos están tomados, deseoso de volver á su patria , descubre en su rostro el rubor y al fin cede. Oculta en el lienzo sus largos cabellos, vistese á lo africano sin perder el ayre guerrero, ciñe el alfange y examina su temple, y precedido del cautivo que le ha librado de la cadena , salen juntos del jardin de las palmas.

Sin ser conocidos ni observados, caminan á las puertas de Fez, pasando por en medio de las guardias. Aceleran el paso, y en pocos instantes llegan á las orillas del Subu, donde encuentra Gonzalo una barca amarrada, en la que Pedro habia puesto una fuerte ve-

la, y viveres abundantes, empleando en estos preparativos la corta cantidad de oro, que habia juntado en veinte años de esclavitud. El anciano dice á Gonzalo que entre en ella, y tomando alternativamente el remo y el timon, sus fuerzas se aumentan al mirar al héroe. Ayudada de un zéfiro suave, vuela la barca sobre las rápidas olas. En doce horas llegan á la desembocadura del rio, entran en el vasto piélago, y en viéndose distantes de la tierra, el cautivo se arrodilla para dar gracias al Omnipotente, y corre á echarse á los pies de su señor, bañándolos con lágrimas de regocijo.

Poco tardaron en estar á la altura de Arraix y de los deliciosos campos por donde el Lixos regaba en otros tiempos los amenos jardines, que Hércules conquistó. Azilia edificada por los Fenicios, brilla y desaparece de sus  
 C 2 ojos.





ojos. Doblan el cabo Espartel, dexan á la derecha la antigua Tingis, donde reposan las cenizas de Anteo, y atravesando el estrecho, llegan á media noche enfrente del monte Calpe.

Las estrellas despedian su lánguida luz por el sereno azul de los cielos, en tanto que las ondas reflexaban los plateados rayos de la luna. Gonzaló, sentado en la proa, descubre las orillas de España, y no pudiendo contener su alborozo, se levanta y exclama: ¡Ó cara patria! ¡ó Lara! ¡Llegó en fin el día de veros: de respirar en los mismos sitios en que respira la que adoro, entre mis animosos compañeros, cerca de mi Rey, debaxo de mis estandartes! ¡Ó amor! ¡Ó amistad! ¡Ó virtud: todos inflamais mi corazon á la vista de estas hermosas orillas!

En esto el anciano le muestra los anuncios de una horrible tempestad.

Las

Las estrellas desaparecen, la luna pierde su luz, y apenas penetran sus rayos el oscuro velo que la rodea : el medio dia arroja grupos de nubes, trono de las tinieblas : las aguas se agitan al soplo de un vientecillo, que rápido huye de los impetuosos uracanes que le siguen : una profunda noche cubre las ondas : los relámpagos rompen las nubes : los truenos sueñan á lo léjos. El ruido aumenta, los rayos se acercan, las ondas espumosas se agitan, los aquilones encontrados bramán, las olas se elevan al cielo, y la barca ya suspensa sobre un monte de espumas, ya precipitada en el abismo, toca en un mismo instante las nubes y las profundas arenas del mar.

Tranquilo en medio de la tempestad, Gonzalo anima al anciano, le da las esperanzas que no tiene, y le estrecha entre sus brazos. Pedro solo

piensa en Gonzalo, y solo por él derrama copioso llanto. ¡Ó mi señor, exclama, al fin no pude salvaros, y la naturaleza entera se conjura contra un héroe! ¡Ó Gonzalo! si yo pudiese.... La tierra no debe de estar distante.... Venid, señor, yo os sacaré nadando á la orilla: Dios me volverá mis antiguas fuerzas: yo confío que no espiraré hasta dexaros sobre la arena.

En este instante la barquilla débil baja de lo alto de una ola con la rapidez de una flecha, y corriendo un espacio inmenso se estrella contra un navío, que corria la misma tempestad, deshaciéndose en mil pedazos. Gonzalo y Pedro tragan las amargas ondas; pero sin desampararse mutuamente, salen otra vez sobre las olas, se asen á un cable, suben por él, y saltan en el navío.

¡Qué espectáculo se ofrece á su vista!

ta ! Al resplandor no interrumpido de los relámpagos, Gonzalo descubre una muger atada á un palo del navío, cubierto el rostro de lágrimas, esparcidos al viento los cabellos, cercada de soldados negros, que la amenazan con las espadas, sin poder levantar las manos, ligadas con indignos lazos, la cabeza caida sobre las espaldas, los ojos fixos en el cielo, invocando con voz dolorida al Todo-poderoso, para perecer entre las ondas, antes de dexarla abandonada á aquellos crueles piratas.

Al oír aquellos acentos que traspasan el corazón de Gonzalo, al ver el rostro que descubrió un dilatado relámpago, el héroe sorprendido y fuera de sí, reconoce la que adora, la que vió en Granada, cuya imagen conserva en su corazón. Dudando todavía de su felicidad, corre, vuela á ella, quiere echarse á sus pies; pero el furor

ror sofoca la alegría , y sacando el sable , rompe las cadenas de Zulema , sostiene , prométela venganza , y amenaza con ojos airados á la tropa horrible que le rodea.

Los bárbaros suspensos al principio , vuelven en sí , murmuran , y se irritan. El Etíope feroz que los caudilla , cubierta la cabeza espantosa de un turbante blanco , acomete á Gonzalo , y le hiere con el puñal. El héroe lo inmola de una sola cuchillada. Los clamores resuenan en todo el navío: los soldados y marineros unidos , blasfemando todos , armados de armas diferentes , arremeten todos á Gonzalo , llenando el ayre de espantosos haullidos , al modo que sobre el Caucaso se ve una nube de horribles Cuervos atacar al paso á un Águila , que desprecia sola su vano furor.

Apoyado contra el palo mayor , sos-

teniendo con una mano la Princesa , y esgrimiendo con la otra la brillante espada , los espera el héroe sin temor. Caen á sus pies los primeros : los otros se estrechan y los reemplazan. Gonzalo acelera los golpes , y su alfange despide á lo léjos las armas y los miembros dispersos : corren arroyos de sangre por el navío, y se mezclan y confunden los ayes de los heridos, los gritos de Zulema y los clamores de los combatientes. El tumulto, la muerte, el terror, rodean por todas partes al héroe; y los relámpagos, las tinieblas, el rugido de los vientos, el estrépito de los truenos, aumentan el horror del sangriento combate.

Gonzalo, rodeado de enemigos, no puede parar todos los golpes. Atendiendo á Zulema mas que á sí propio, se descubre para preservarla, y recibe profundas heridas, poco atento á su defen-

fensa. El leal Pedro , pelcando al lado de su señor , oye la voz de la Princesa que le advierte que ponga en libertad los prisioneros que gimen en el fondo del navío; y sin ser notado , corre, baxa , rompe las cadenas , y los cautivos ya armados , vuelan á socorrer á Gonzalo. Pedro llega , se pone delante de Zulema , y el héroe ya libre , semejante al Leon que rompió la cadena que le aprisionaba , descarga , inmola , disipa la vil tropa de asesinos , los persigue hasta la popa , los estrecha entre la espada y las olas , les presenta por todas partes la muerte , y ayudado de los cautivos , obliga en fin al resto de la bárbara tropa á precipitarse en las aguas. El héroe vencedor , y casi moribundo , discurre por el navío , y no encontrando mas enemigos , vuelve á la Princesa , va á hablar , y cae á sus pies sin aliento.

El mar estaba ya en calma, los vientos no agitaban las olas, y las nubes habian descubierto el brillante azul del cielo. Huyó la noche, y el oriente colorado de purpura se inflamaba con los rayos del dia. El navío desamparado se mantiene aun sobre las aguas: sin velas ni timon, permanece inmóvil en medio de las ondas.

Zulema, el leal anciano, los cautivos que ha libertado, todos acercan á Gonzalo, y procuran volverle á la vida; pero todos sus anhelos son vanos. Gonzalo inmóvil yace al lado de sus víctimas, el rostro pálido, la cabeza inclinada sobre el pecho, los ojos al parecer cerrados con el sueño de la muerte. Pedro le levanta llorando: los cautivos de rodillas le sostienen: la Princesa aprieta entre sus manos las del héroe, despojase del velo que la cubre para detener la sangre que corria  
de





de las heridas , y contempla enternecida el rostro de su libertador.

Al fin Gonzalo entrecabre los ojos, y los vuelve al punto á cerrar , despidiendo un profundo suspiro. Zulema y Pedro , llenos de regocijo , se entregan á la esperanza. Preparan prontamente un lecho para el héroe moribundo, prodigando los medios que pueden inventar el zelo , el reconocimiento y la dulce amistad. Gonzalo recobra los sentidos , ve cerca de sí á la Princesa , y hace inútiles esfuerzos para hablarla. Sois vos?.... Sois vos?... son las únicas palabras que puede pronunciar su boca. Zulema le suministra una bebida para fortificarle , le entretiene con tiernos discursos, y desconfiada de que el sueño repare las fuerzas perdidas , se retira con el anciano.

Los cautivos , que Pedro reconoce por Bereberes , exâminan el estado del

navío. Del timon solo quedaban has-  
tillas , los mastiles estaban sin velas,  
y las olas entraban en el buque. Pe-  
dro de lo alto de la tilla , descubre la  
tierra á corta distancia , y mostrán-  
dola á Zulema, anuncia que pueden  
abordar.

Apresuraos, dice la Princesa , pues  
si mis ojos no me engañan, estamos cer-  
ca de Málaga : entrad seguros en la  
rada en donde se obedecen los precep-  
tos de la hermana del Rey de Granada,  
hija de Mulcy-Hassem. En aquel pa-  
lacio que se descubre en medio de esa  
selva , recibiré al héroe á quien debo  
la vida , en donde espero satisfacer el  
reconocimiento tan caro á mi corazon.  
Pero libradme de mi impaciencia y de-  
cidme , ¿quién es este generoso guerre-  
ro? ¿Es por ventura algun Príncipe,  
algun Rey de Africa? Ó si doy crédi-  
to á mi imaginacion , es el mayor de  
los mortales. El

El prudente anciano que la escucha, se enternece al considerar el peligro en que se ve su señor, y querría huir de aquella tierra enemiga en donde los Castellanos solo encuentran cadenas, en donde el nombre famoso de Gonzalo ha de excitar á la venganza un pueblo á quien venció tantas veces; pero el pronto socorro necesario al héroe, el deplorable estado del navío, la presencia de los Bereberes á quienes había puesto en libertad, le obligan á obedecer. Titubea reflexiona sobre lo que ha de responder á la Princesa, y sonrojado de engañarla, la dice: no errais en creer que este héroe venia de Africa: el nacimiento mas ilustre es la ínfima de sus qualidades. Émulo de las hazañas de tantos guerreros, que se han distinguido en el sitio de Granada, venia á esta ciudad para vencerlos ó eclipsarlos. La tempestad rompió su

navío , y el vuestro nos ha servido de asilo. Lo demas ya lo sabeis, y vuestro corazon sensible os dirá mejor que yo , sin duda , los deberes que teneis que cumplir.

Calló : Zulema suspira, y cree que Gonzalo viene á socorrer á su patria, aumentándose de este modo su reconocimiento. Su imaginación vuela , y piensa que un guerrero igual será el libertador de Granada , y podrá defenderla de los que la persiguen. Las hazañas que ha hecho en su favor , las pocas palabras que ha pronunciado , la mano que apretaba la suya , durante el combate terrible , todo se pinta en su memoria , causándole una secreta alegría. Zulema suspensa , experimenta una dulce sensacion que no puede explicar , y sin atreverse á dar asenso á sus ideas , concibe lisonjeras esperanzas

En

En tanto el navío se acerca, y da fondo en la rada. El pueblo que habia acudido al puerto, reconoce á la jóven Princesa, y la saluda con festivas aclamaciones. Mientras conducen al héroe, Zuleima no se aparta de él, y manda llamar dos ancianos célebres en el arte de curar las heridas, á quienes confía su libertador, y rodeado de los presos que libertó su valor, sobre las espaldas de los esclavos, los guia ella misma hácia su palacio.

**FIN DEL LIBRO I.**

## SUMARIO DEL LIBRO II.

**T**iernos sentimientos de Zulema, quien cree ser Gonzalo un Príncipe africano. Zulema le cuenta el origen de las desdichas de Granada. Describe esta soberbia ciudad, el país delicioso que la rodea, las costumbres y amores de los Moros y el reynado de Muley-Hassem. Descripción de la Alhambra y de Generalife. Carácter de los Abencerrages y Zegries. Divisiones entre ambas tribus. Muley-Hassem ama á una cautiva. Pintura de Almanzor y Boabdil. Himeneo de Almanzor con Moraima. Fiestas en Granada. Juegos de los Moros. Traycion de los Zegries. Proclaman Rey á Boabdil. Fidelidad de los Abencerrages. Muley-Hassem cede la corona á su hijo.

## LIBRO SEGUNDO.

¡Quán dulce es á un corazon generoso la necesidad de amar el objeto amado, y satisfacer á un tiempo su terneza y su virtud! El reconocimiento solo, tan caro á los corazones grandes, basta para su felicidad; pero quando el ídolo en quien se emplea, le enlaza por otros motivos, juntándose una delicia interior á la tierna impresion, que dexan los beneficios, no hay felicidad capaz de igualar á la de estos dos sentimientos: nada puede equivaler á la feliz harmonía de un deleyte puro y un deber sagrado.

Tal era la felicidad de que gozaba Zulema. En llegando con el héroe á su retiro pacífico, lo coloca en el mejor aposento, y pensando solo en él, pregunta continuamente á los ancia-

nos, busca por sí misma los simples que le indican, y los prepara con sus propias manos. La debilidad impide á Gonzalo el demostrar la emoción de su espíritu; pero las lágrimas del regocijo corren por sus mejillas, estirando y bendiciendo sus heridas, deseando en su corazón que se dilatare la cura.

Los doctos ancianos quitan los primeros vendajes, y Zulema, embargado el aliento, fixando en sus ojos los suyos, manifiesta en el rostro el temor y la esperanza, sin atreverse á instarles á que se expliquen, temiendo y deseando que hablen; pero sabedora ya de que la vida del héroe no peligraba, apenas puede reprimir el contento, prodigando presentes, promesas y dádivas. Penetrada de un sentimiento, que confunde con la gratitud, manifiesta descubiertamente una alegría, que mira como un deber.



Fortalecido Gonzalo con tan tiernas caricias , puede en fin hablarla , y mirándola con ojos enternecidos , levantando hácia ella sus trémulas manos, le dice con voz débil : ¿por qué os dignais de salvar mi vida? Si no he de poder consagrarla enteramente á vos, dexadme, dexadme morir.

Gonzalo no osa proseguir ; pero la Princesa entiende su silencio , y enternecida baxa los ojos , procura ocultar la turbacion , cubriendo de risa su semblante , le habla de su valor , le nombra su libertador , y le recuerda lo que le debe para justificar lo que siente.

El fiel Pedro no se aleja de su señor , y le instruye secretamente del nombre y clase de la que ha salvado, de los parages que habita en su compañía , y del error en que está Zulema creyéndole un Príncipe africano. El héroe vitupera el misterio , y su cora-

zon no puede sufrir tal engaño, queriendo descubrirlo al momento; pero Pedro le conjura, le suplica de no exponerse al furor de un pueblo enemigo, que Zulema no podría reprimir. Los riesgos que amenazan su vida no le intimidan; pero cede al hablarle de los tormentos á que se veria expuesto su antiguo y leal servidor.

Pasados algunos dias en la asistencia y auxilio de los ancianos, la Princesa refiere á Gonzalo el estado en que se hallaba Granada; las turbulencias que la habian agitado, y los crímenes del Rey Boabdil. Sentada junto al lecho del héroe, que cree nacido lejos de España, se ofrece á contarle las divisiones y las desdichas de que fué testigo. Gonzalo con agradable y risueño semblante, pide saber la historia en que ha de estar interesada Zulema, y la jóven Mora comienza sin tardanza.

No

No ignorais, le dice, la grandeza y gloria á que se elevó casi en su principio el imperio de los Árabes en España. Los Christianos vencidos por nuestros valerosos abuelos, y acosados de nuestras armas triunfantes, no encontraron otro asilo que las montañas de Asturias. Ocultos en ellas por espacio de muchos siglos, las desgracias aumentaron sus ánimos, al mismo tiempo que la prosperidad nos corrompia. Nuestros Reyes se hicieron tiranos, mientras los Reyes Christianos eran héroes. Salen en fin de sus hogares, atacan á sus vencedores, y aprovechándose de las guerras intestinas de nuestros varios Monarcas, no dexaron á los antiguos conquistadores mas que los estados de Granada.

Esta célebre capital construida al pie de nevados montes, se levanta sobre dos colinas en medio de un pais

lleno de encantos. El Darro cuyas rápidas ondas pasean el oro sobre sus arenas, atraviesa la ciudad entera: Xenil cuyas aguas saludables son las delicias del ganado, viene á rendirle copioso tributo : por todas partes la rodea una vega deliciosa, en donde crecen casi sin trabajo las abundantes mieses, los bosques de naranjos, los olivos mezclados con las viñas, las palmas entre las encinas : canteras inagotables de jaspes, mármoles y alabastros, son el ornamento de los soberbios alcázares y de los edificios magníficos, que se han multiplicado en la ciudad : surtidores innumerables refrescan el ayre que se respira, hermosean las plazas inmensas, en donde diariamente viene á ejercitarse la juventud belicosa ; y los jardines cubiertos de flores, llenos siempre de la sombra de los granados, los cedros y los rosales,

fer-

forman de la ciudad mas hermosa, la mayor capital de los Imperios.

Centro de todas las fuerzas y de todo el poderío de los Moros, allí se elevó el templo de nuestras ciencias y artes. Desde los confines del Asia, desde las orillas del Nilo, del pie del Atlas, los Reyes, los guerreros, y los sabios venian á Granada á tomar los exemplos y las luces. Las guerras frecuentes con una nacion animosa, leal y generosa, mantenian entre el Arabe y el Español, una emulacion continua de gloria. La juventud mora, inclinada naturalmente al amor, habia olvidado las máximas bárbaras del oriente, aprendiendo de sus enemigos aquel profundo respeto, la tierna veneracion, la constancia eterna, que dominan los corazones de los amantes españoles, les presentan el objeto adorado como el Dios de sus acciones,

los

los hacen superiores á sí mismos, dándoles todo género de virtudes, fáciles ya por la esperanza de agradar. Las mugeres orgullosas con su imperio, lo merecian para conservarlo. Engrandecidas á sus propios ojos con la ofrenda pura que tributaban á su belleza, procuraban hacerse dignas del tributo precioso que les ofrecian. Incapaces de una flaqueza que les costaria su felicidad, eran castas para ser amadas, y fieles para permanecer dichosas.

Tal era esta Corte brillante, asilo halagüeño del amor, de las bellas artes y de la urbanidad, quando mi padre Muley-Hassem jóven todavía, subió al trono. El nuevo Rey, dotado de todas virtudes, las hizo mas comunes y mas caras á su nacion con su exemplo. Famoso ya por su valor, tomó la ciudad de Jaen, y forzó al altivo Castellano á firmar una paz dura-


ra-

radera. Entónces volvió toda su atención á su pueblo , y nuestro gobierno despótico , tan funesto en tiempo de otros Monarcas , fué para mi padre el medio mas seguro para hacer felices á sus vasallos. Los Grandes del imperio conociéron por fin que estaban sujetos á su justicia , y que esta era igual para todos : el labrador , oprimido hasta entónces , recogia en paz sus mieses : los ganados cubrian nuestras verdes montañas : los árboles y las plantas útiles se multiplicáron en los campos : la tierra tan fecunda en estos climas , ostentaba en todas partes sus tesoros ; y el reyno de Granada , favorecido por la naturaleza , gobernado por un Príncipe sabio , cultivado por manos laboriosas , parecia un vasto jardin , cuyos frutos apénas podia consumirlos una innumerable familia.

Despues de haber cimentado la fe-  
li-

licidad de sus pueblos, enriquecido mi padre con la abundancia de que gozaban sus vasallos; quiso distraerse con las artes, empleándolas en su gloria. Las mezquitas revestidas de mármol, los acueductos de granito se levantaban por todas partes. El famoso palacio de la Alhambra, empezado por Emir-Almunenim, lo acabó Muley-Hassem, superando este monumento de magnificencia los prodigios de la imaginación. Millares de columnas de alabastro sostienen inmensas bóvedas, cuyos muros cubiertos de pórfido resplandecen con el oro y el azul: las aguas de mil fuentes, formando en medio de los aposentos cascadas de plata líquida, llenan los canales de jaspe, serpenteando por las galerías: el dulce perfume de las flores se mezcla con el de los aromas, que arden continuamente en los subterráneos, y exha-





exhalándose por los pedestales de las columnas, embalsaman el ayre que se respira : las claraboyas que miran á la ciudad , á las risueñas orillas de ambos rios, á los montes nevados , ofrecen á los ojos continuamente admirables y variadas pinturas. Quánto halaga los sentidos, quánto el arte y la naturaleza , la magnificencia y el gusto pueden reunir para el deleyte , se encuentra en esta bella mansion, unido á las grandes obras que encantan el entendimiento. Al lado de las bulliciosas aguas, en medio de suntuosas esculturas , estan gravados sobre pórvido los versos de nuestros poetas Árabes. Encima de la puerta del inmenso salon, donde hace justicia nuestro Rey , se lee esta inscripcion.

Palidece , ó Maldad : dó quier que huyas  
 allí te seguiré. Con paso lento  
 en pos va del delito el escarmiento.

Ven,

Ven , llega sin temor , huérfano triste,  
que aquí te espera el padre que perdiste.

A la entrada del aposento , en donde la Reyna junta las bellezas de su corte y los guerreros de nuestro ejército , se ven grabados , en letras de oro , estos versos.

El amor , honor y gloria  
aquí entre inocentes juegos  
nacen , y el pudor hermoso  
les da regalados premios.

No cuesta aquí la inocencia  
el favor mas lisonjero;  
ni en el amor hay flaqueza,  
ni furor en el guerrero.

Basta al valor la victoria;  
y á los corazones tiernos  
basta en amorosas lides  
poder triunfar complaciendo.

A este delicioso palacio le rodea un jardín ameno , que por su sencillez agradable, compite con el lujo de aquel: tal es el famoso Generalife , célebre en el Africa y el Asia , objeto de emulacion de los poderosos Califas , que  
en



en el Cayro y el Bagdad han procurado igualarle. Allí nada sorprende: los ojos satisfechos no encuentran ni los esfuerzos del arte, ni los maravillosos prodigios, que agradan ménos que admiran, recordando solo la idea del poder y la riqueza. Todo ofrece la imágen de aquellos bienes fáciles, que se gozan sin admirarlos: los bosques de naranjos y mirtos cortan los verdes llanos, regados de transparentes aguas; y colocados con arte, ya ocultan, ya descubren las perspectivas distantes, los pueblos comarcanos, los campos cultivados, la nieve acumulada sobre los montes, los palacios y monumentos de Granada: á cada paso sobre las colinas fértiles se encuentran las viñas, los olivos, los granados entrelazando sus frutos y sus flores: ya una harmoniosa cascada se precipita de lo alto de una roca, ya un arro-

yue-

yuelo tranquilo sale murmurando al pie de los rosales : aquí hay una gruta solitaria por donde se filtran mil hilos de agua cristalina , allí un bosque sombrío en donde vuelan mil canoros Ruiseñores ; y en todas partes , un aspecto diferente , una situación nueva , producen en el alma sentimientos dulces y un placer puro.

En este hermoso y soberbio asilo, reynó feliz por largo tiempo, mi padre Muley-Hassem ; pero el ódio de las dos tribus llenó sus dias de amargura , guiando al fin su imperio á las márgenes de su ruina.

Ya sabéis que los Moros , aunque juntos forman una nación ; han conservado las costumbres patriarcales de los Arabes nuestros abuelos. Las familias no se confunden , sino que cada una es una tribu mas ó ménos poderosa , por su número , sus esclavos y sus

sus riquezas; cuyos miembros unidos se miran como hermanos, se ayudan mutuamente, marchan juntos á la guerra, y no separan nunca sus bienes, sus intereses ni sus resentimientos.

Entre estas tribus, la mas belicosa, la mas ilustre y mas estimada es la de los Abencerrages, descendientes de los antiguos Reyes, que reynaron en el Yemen; de prendas superiores á su noble origen, invencibles en los combates, dulces y clementes en la victoria, siendo la delicia y ornato de nuestra corte con sus gracias y sus talentos. Los Españoles los respetan, y les prodigan su amor, por la bondad y los beneficios de que colman á los cautivos. Sus inmensas riquezas fueron siempre el patrimonio de los pobres. En las batallas, en los torneos; en los juegos, el premio del valor y la destreza perteneci6 siempre á los

Abencerrages. Jamas se vió un vil cobarde en esta célebre tribu : jamas un amigo falso, un esposo infiel, un amante pérfido, ha marchitado la gloria de esta ilustre familia.

Sus únicos rivales en riquezas y tal vez en valor, son los famosos Zegrics, descendientes de los Monarcas de Fez. A pesar de mis justos resentimientos contra esta tribu criminal, no pretendo ocultar á vuestros ojos el resplandor de las acciones, que los han distinguido. Su valor invicto ha asolado repetidas veces las tierras de los Castellanos, adornando nuestras mezquitas sus manos victoriosas, con los estandartes enemigos; pero el furor y la sed de sangre deshonoró tan gloriosas hazañas. Nunca los Zegrics tuviéron un cautivo : los vencidos perecien á sus manos. Ni la amistad, ni el amor suavizaron nunca su ferocidad.

Desdeñando con orgullo las qualidades amables del corazon , las gracias y los talentos del entendimiento, que estimamos en nuestra corte, reputan por flaqueza la dulce sensibilidad. Soberbios , turbulentos, feroces, su gusto es el teatro de la muerte ; y sin saber mas que pelear y vencer ; desprecian las demas artes.

Una violenta envidia los animaba tiempo habia contra los generosos Abencerrages , viéndose muchas veces las dos valerosas tribus á punto de venir á las manos. La autoridad de Muley-Hassem pudo sola contenerlos; pero su odio era público , y las principales familias de Granada habian abrazado uno ú otro partido : los Almoraides y Alabezes sostenian la causa de los Abencerrages : los Gomeles y los Vanegas defendian la de los Zegries: las demas tribus mas oscuras habian

imitado este exemplo : la corte y la ciudad estaban divididas , y mi padre temblaba , temiendo á cada instante el ver á Granada inundada de sangre.

El alma noble y tierna de Muley-Hassem , no estuvo vacilante acerca del partido que debia proteger. Sus propias virtudes le arrastraban involuntariamente hácia los Abencerrages; pero esta preferencia, imposible de disimular , daba nuevo pábulo al odio de sus enemigos. Muley lo conoce ; y para aplacar el descontento de los Zegries con un honor señalado , toma esposa de aquella tribu , y la hija de Almadan , Aixa , fué Reyna de Granada. Aixa era hermosa ; pero la insensibilidad y el orgullo , que heredó de su familia , eclipsaban el resplandor de su belleza. Mi padre , no pudiendo amarla , se vió precisado á repudiarla , despues de haber tenido de ella,





ella, un heredero del trono, el fogoso Boabdil, que ahora reyna en Granada, cuyo natural temble no tardareis en conocer.

El Rey, desgraciado en su himeneo, no quiso volver á sujetarse á su coyunda, imposibilitándolo mas para ello el amor ardiente, que tenia á una cautiva española. La hermosa Leonor habia aprisionado su corazon; pero fiel á la religion de sus padres, sin esperanza ni deseo de reynar entre los Musulmanes, estimaba las prendas y no el poder de Muley; y llorando muchas veces con él las desgracias que trae consigo el reynar, le consolaba de los disgustos del trono, de la fatiga de las ofrendas, del vacío que dexa la grandeza, y calmaba aquella pena interior, aquellas desazones dolorosas que experimentan los que estan condenados á vivir sin amigos.

El primer fruto de su amor, fué el generoso Almanzor, aquel que defiende hoy á Granada, y cuyas hazafias habrán sin duda llegado á vuestros oídos.

Le conozco, responde prontamente Gonzalo; conozco ese valeroso guerrero. ¿Donde no habrá llegado el nombre del virtuoso Almanzor, la mas firme columna de vuestro imperio; la gloria y modelo de vuestra corte? ¿Quién ignora que ese Príncipe tan temible en las batallas, inspira á sus mismos enemigos, la admiracion y el respeto, lazos eternos que á pesar de la guerra; unen todas las almas grandes? Mi corazon lo venera, y de todos vuestros Moros solo de él deseo ser émulo, solo á él quisiera igualar, pues superarle es imposible.

La Princesa escucha con regocijo el elogio de su adorado hermano, y

mostrando á Gonzalo su agradecimiento en su risueño semblante, continúa su discurso.

Yo fui la última prenda de amor, que el Rey recibió de Leonor. Jamas hubo madre tan tierna, que hiciese tanto por su amada hija. Sus pechos me alimentáron, y sin querer confiar á nadie el cuidado de mi infancia, dirigió sola mi educacion. Al pensar en aquellos apacibles dias, pasados en el seno de mi madre, apenas puedo contener las lágrimas. Mi hermano Almanzor nos acompañaba, y hallándose con algunos años mas que yo, me explicaba las lecciones que aun no eran para mis alcances, enseñándome lo que él habia aprendido: yo le escuchaba con reconocimiento, y sentia dentro de mí, aquel respeto tierno y confiado, que todavía se conserva en mi corazon. Mulcy venia repetidas veces á tomar

parte en nuestros juegos , olvidando entre nosotros los disgustos que le causaba Boabdil ; y mi tierna madre encontraba su mayor felicidad , quando el Rey que adoraba , la visitaba en su retiro , y apretaba sus queridos hijos entre sus paternales brazos.

Por desgracia, este feliz tiempo fué de corta duracion. El Español atacó nuestras fronteras ; y mi hermano, estimulado de la gloria, nos dexa y vuela á la batalla, sin que su valor y sus heroicaz hazañas nos consolasen de su ausencia. Siempre que salia triunfante, venia á ofrecer sus laureles á su madre ; pero al punto volvia á dexarnos. Yo misma me ví precisada á mostrarme en la corte , á vivir en medio del tumulto , suspirando por aquellos tranquilos años consagrados únicamente á la ternura ; y muy presto otras penas mas amargas me prepararon mis desdichas.

La

La Parca arrebató á mi madre , es-  
pirando en mis brazos, despues de ha-  
ber padecido largo tiempo. ¡ Ó madre!  
¡ Ó tierna y cara madre ! Jamas te apar-  
tarás de mi memoria triste. Aun sue-  
nan en mis oidos , las últimas palabras  
que dixiste á tu desgraciada hija. Di-  
rige ; ó dulce madre , dirige mis pa-  
sos , desde lo alto del cielo. No , tu hi-  
ja no ha faltado á la promesa , que  
hizo en tus moribundas manos : sea  
del mismo modo fiel á los deberes que  
me enseñaste , é inspira en este cora-  
zon , donde habitas , las virtudes de  
que me diste el exemplo.

El llanto no la dexa proseguir , cu-  
briendo el rostro inundado en lágri-  
mas , con sus hermosas manos. Gon-  
zalo tan enternecido como Zulema , la  
contempla atento , y el respeto que le  
inspirá su dolor , no le permite in-  
terrumpir su piadoso silencio. Al fin

la Princesa vuelve á hablar, procurando afirmar su trémula voz.

El Rey quedó desconsolado, y solo mi hermano y yo pudimos hacerle soportable la vida sin su Leonor. Almanzor que se hallaba en el ejército, volvió lleno de dolor, á mezclar sus lágrimas con las de un padre, que no le permitió separarse de él. Boabdil, ocupado largo tiempo habia en sus criminales proyectos, se aprovechó de esta ausencia para ganar los ánimos de los soldados. A los dones de la naturaleza, unia Boabdil el valor heroico, que tan bien sienta á un Príncipe joven, y la prodigalidad, grata á los cortesanos: qualidades convenientes para deslumbrar al pueblo. ¡Oxalá que yo pudiese ensalzar otras virtudes de Boabdil! pero la falsa adulacion corrompió su juventud, persuadiéndole desde la temprana edad, que no ha-

bia

bia mas deberes que los que se debian á su clase. Creyéndose superior á las leyes, porque no estaba sujeto á sus penas, no veia que el castigo mas terrible, el odio y el desprecio público, son el suplicio de los grandes, á quienes ellas no alcanzan. El hábito de satisfacer sus pasiones las transformó en vicios; y pronto perdió el remordimiento, último amigo de la virtud, pasando rápidamente de los placeres á los excesos, de los excesos á los crímenes.

¡Miserable suerte de un Príncipe, cuya vida entera depende de la eleccion de sus primeros amigos!

Boabdil se entregaba sin reserva á los Zegries, quienes deseaban con ansia ver, sobre el trono, un Monarca de su estirpe, y buscaban los medios de renovar los exemplos, tan comunes entre nosotros, de padres destronados por sus hijos, de Reyes de-  
pues-

puestos por sus vasallos. Sus designios impios de ganar el ejército, no encontraron ostáculo sino en los Abencerrages. Estos fieles guerreros advirtiéron de ello á Muley, y mi padre partió al punto, se mostró á los soldados, y su presencia restableció el buen orden; pero el mal habia echado raices tan profundas, que la menor centella debia producir súbitamente un incendio voraz. El Rey zeloso de un hijo ingrato, que no se atrevia á castigar, hizo tregua con el Español, y desconcertó á los Zegries, licenciando el ejército.

Vuelto á la capital, Muley procura calmar los ánimos, y disipar las facciones de su corte, dando mas noble pábulo á aquella fogosa inquietud; á aquella inconstancia perenne, características siempre de la gente moras: las fiestas, los torneos, los juegos tan fre-





frecuentes en otro tiempo en Granada, se renovaron por sus órdenes. Entregado al profundo dolor, llorando siempre su amada Leonor, se negaba su corazón á tales regocijos; pero su sabiduría quería dar ocupacion á la juventud belicosa, y evitar una guerra civil, cuyo solo pensamiento estremecía su corazón sensible y paternal.

El casamiento de mi hermano dió motivo á las fiestas. Largo tiempo habia que el animoso Almanzor ardía por la hermosa Moraima, de la tribu de los Abencerrages. Moraima amaba á Almanzor. ¡Y quién no hubiera aceptado la ofrenda del mas valiente, mas virtuoso de los Príncipes! Moraima consulta á su madre, confiándole el secreto, y ella le permite declararse á su amante. Desde entónces, la tierna Moraima no respira, ni vive sino por el héroe, dueño de su corazón. La

mas leve sospecha, el mas ligero enojo no turbó jamas sus constantes amores. Seguros el uno del otro, penetrados ámbos de una pasión fundada en la recíproca estimacion, ciertos de que el universo se aniquilaria, ántes que hubiese mudanza en ninguno de ellos, esperaban el himeneo con aquella dulce impaciencia, que templa la felicidad presente. No ignorando que llegarían á ser mas felices, se contentaban con esta esperanza, con verse todos los días, con hablar de sus tiernos afectos, con animarse mutuamente á seguir la virtud. Tan dulces les eran estos placeres, que sus almas castas y puras no imaginaban otro ninguno que pudiese excederlos.

El Rey quiso unirlos, y mostrar en este himeneo, toda su magnificencia. Moraima, cubierta de un velo lleno de perlas, vestida de tela de oro

sembrada de preciosas piedras, sale por la ciudad segun el uso de nuestra nacion, sobre un soberbio caballo, acompañada de tropa de mugeres. La música la precede, siguiéndola multitud de esclavos, llevando en azafates guarnecidos de flores, los texidos de Persia, los velos de la India, los ricos adornos de la jóven esposa. De esta manera se trasladó á la mezquita, donde la esperaban los Abencerrages. Almanzor vino acompañado de mi padre, rodeado de una espléndida corte, eclipsando á los demas guerreros su estatura, su aspecto, su gallardía, y aquel ayre de magestad y bondad, que indica la feliz tranquilidad de que goza un alma grande.

El iman invoca al Profeta, y el pueblo responde con aclamaciones, en favor de los nuevos esposos. De allí los conducen, al son de atabales y chi-

chirimías, al palacio de la Alhambra; exhalándose exquisitos perfumes al rededor, durante la marcha. Doce doncellas vestidas de blanco precedían á la hermosa Moraima, y doce mancebos coronados de rosas marchaban delante de Almanzor. Ambas tropas esparciendo flores sobre el camino, cantaban estas palabras:

AMBOS COROS.

Amor, Amor, desciende  
y al Himeneo tu querido hermano  
la hacha inmortal enciende.

¡O fecundo consuelo  
del hombre! de tu asiento soberano  
baxa en rápido vuelo  
riendo con la cándida inocencia.

Todo florece; el ayre se embalsama,  
¿quál encanto, cuál Dios el pecho inflama?  
Amor! ¡oh! ¡salve, Amor! estu presencia;  
¡salve! Escuchó nuestro feliz deseo:  
cautemos el Amor y el Himeneo.

CORO DE MANCEBOS.

Cantad, la frente hermosa  
de azucenas y rosas coronando,

¿ la tímida esposa,  
 Su virtud, sus amores,  
 Doncellas del Xenil, dulces cantando,  
 al cielo sus loores  
 alzad : vosotras de su pecho ardiente  
 los secretos guardais. Virgen un día,  
 los juegos y el placer con vos partía,  
 y sus deseos os fió inocente.

¿ Callais ? ¿ cuál pena vuestro pecho anida  
 que inunda en llanto vuestra faz caída ?

**CORO DE DONCELLAS.**

Pudorosa y amante,  
 en nuestro coro virginal brillaba  
 qual la palma triunfante  
 á par de humilde helecho.  
 Tierna, modesta, la virtud dictaba  
 en su sencillo pecho  
 el inocente amor que en este día  
 premia Himeneo. ¡ Día malhadado !  
 ¿ y la arrancas por siempre á nuestro lado,  
 á nuestras inocencias y alegría ?  
 ¡ Ah ! mas valiera libertad gozosa  
 que de Himeneo la cadena hermosa !

**CORO DE MANCEBOS.**

El Ruiseñor que ahora  
 repite sus querellas amoroso  
 del ocaso a la aurora,  
 algún día contento  
 su dulce libertad cantó orgulloso.

Amor

Amor le oía atento,  
 y en su pecho infantil adormecido  
 crece con él; qual encubierta llama,  
 Sopla la juventud; Amor le inflama,  
 y á Dios libre reposo, ántes querido!  
 á Dios! mas vale esclavitud amada,  
 que estéril libertad desperanzada.

AMBOS COROS.

Amor; Amor, descende &c.

CORO: DE DONCELLAS.

Huyéron; ay! huyéron  
 para siempre los dias que á su lado  
 en delicias nos viéron.  
 Ya nos será la vida  
 eterna soledad y desagrado.  
 Ella, en tanto, querida  
 vivirá para amar. ¡Ay! imitemos  
 sus virtudes: tal vez tan virtuosas  
 nos veremos, qual ella, venturosas,  
 y algun digno mortal... ¡Ah! no hallaremos  
 jamas otro Almanzor. ¿Quándo Natura  
 unió á tanto valor tanta ternura?

CORO: DE MANCEBOS.

Dulce, respetuoso  
 en sus cariños, en el Marcio duelo  
 su brazo impetuoso  
 muerte, pavor, congoja,  
 qual rayo ardiente en africano suelo,  
 irresistible arroja!

Ven-



Vence ; y triunfa de nuevo perdonando.

¿ De dó tanta virtud ? De sus amores.

Sed Moraimas , serémos Almanzores:

que en ricos frutos se hermosea amando

la higuera ya feliz , que , ántes cercada

de estéril soledad , fué desamada.

AMBOS COROS.

Amor , Amor , desciende &c.

CORO DE DONCELLAS.

Vivas , Moraima tierna,

vivas dichosa de tu esposo al lado

en primavera eterna.

Cada naciente aurora

te preste un nuevo amor y un nuevo agrado;

y , siempre encantadora,

mas bella cada vez te halle tu esposo.

Fecunda oliva , tus hermosos hijos

siembren con sus pueriles regocijos

tu juventud de plácido reposo;

é , imágen paternal , allá en tu invierno

cierren tus ojos en el sueño eterno.

CORO DE MANCEBOS.

Por siempre afortunado

viva Almanzor en brazos de su esposa.

Volviendo coronado

de la batalla impia

una nueva virtud y gracia hermosa

en Moraima le ria;

y en candor infantil sus hijas bellas

su faz halaguen con la débil mano.  
 Tímidas crezcan ; y el Xenil ufano  
 la imágen maternal retrate en ellas,  
 y , madres faustas , en su prole hermosa  
 vea muriendo renacer su esposa.

AMBOS COROS.

Amor , Amor , desciende &c.

Mulcy-Hassem habia destinado la mañana del siguiente día para nuestros juegos nacionales , la sortija y las cañas. Previnieronse todos los guerreros , prodigando sus tesoros para distinguirse en armas riquísimas y en soberbios Caballos. Las bellezas de la corte , ansiosas por ver á sus amantes vencedores , les envian lazos y divisas , y muchas les demuestran sus tiernos afectos por la primera vez , esperando animarlos de este modo , sacrificando su propio orgullo.

Apénas habia el sol dorado las torres de los palacios de Granada , quando una inmensa multitud , mezclada con los

fo-



forasteros , que la noticia de las fiestas habia atraido , ocupa las gradas que se habian colocado en la plaza de Vivarrambla. En el medio de este vasto recinto , en donde pueden ponerse en batalla veinte mil guerreros ; se elevaba una vistosa palma , cuyo tronco era de bronce y las ramas de oro , compitiendo en ella la escultura con la riqueza. Una paloma de plata , posada sobre una de sus ramas , la inclinaba hácia el suelo con su peso , y sostenia la sortija , objeto de la conquista. Al pie de la palma , se veia el circo destinado para los Jucces , los timbales é instrumentos , que habian de anunciar la victoria: El Rey , la familia real y la corte , tenian preparados varios balcones , colgados de telas preciosas ; con pavellones magníficos ; y una infinidad de ventanas adornadas con guirlandas y llenas de jóvenes Moras , for-

maban al rededor de la plaza un espectáculo brillante y ameno.

Los Jueces habian ya ocupado sus lugares, quando Muley llega con toda la pompa del trono, llevando por la mano á Moraima, que deslumbraba con la multitud de diamantes que la adornaban. El pueblo seducido secretamente por los pérfidos Zegries, no prorrumpió, al ver á su Monarca, en aquellas aclamaciones de amor y alegría, que habia acostumbrado hasta entónces. El alma de Muley quedó penetrada de dolor; y no pudiendo reprimir las lágrimas, vuelto hácia mi hermano que le acompañaba conmigo, hijo, le dice, demasiado he vivido: cesáron de amarme. Nosotros apretamos sus manos con ternura, Muley se sienta entre nosotros, su corte le rodea, los balcones se llenan, y el sonido de las trompetas, que se corres-

pon-

pondían de las quatro barreras de la plaza, anuncia los campeones.

Entran pues por diferentes lados, divididos en quatro quadrillas. Los Abencerrages, que formaban la primera, venían vestidos de túnicas azules, bordadas de plata y perlas, montados sobre blancos Caballos, cubiertos los harnesses de zafiros, llevando en el turbante la garzota azul, color que distinguia á esta Tribu; y en los broqueles un Leon encadenado por una Pastorcilla, con esta divisa célebre entre ellos: *dulce y terrible*. Todos en la flor de la edad, todos gallardos, brillantes, llenos de esperanza y de aquella noble animosidad que la urbanidad templada, se adelantan con ligero paso, mandados por Abenhamet, cuyas desgracias arrancarán pronto vuestras lágrimas, entónces ocupado solamente en vencer delante de Zoraida.

Formaban los Zegries la segunda quadrilla, vestidos de túnicas verdes bordadas de oro, y en los turbantes la garzota negra, color siniestro de su familia, montados sobre negros Caballos, cubiertos con mantillas sembradas de esmeraldas: la frente erguida, los ojos ayrados, siguen con paso tranquilo á Alí, al formidable Alí, Gefe de esta Tribu terrible; Alí á quien quarenta años de victorias diéron el sobre nombre de *espada de Dios*, llevando en su broquel, igualmente que sus compañeros, una cimitarra salpicada de sangre, con estas palabras: *esta es mi ley*.

Los Alabeces y Gomeles formaban las otras dos quadrillas: los primeros, vestidos de encarnado con bordado de plata, montados sobre Alazanes, con el mismo turbante de los Abencerrages: los últimos, aliados de los Zegries, sobre Caballos bayos, llevan túnicas

de



de púrpura y garzotas negras. Las quatro quadrillas saludan al Rey, una despues de otra, hacen varias evoluciones, y ocupan los quatro costados.

El Príncipe Boabdil salió entónces sobre un fogoso Caballo africano. Al verlo, el pueblo prorrumpe en alegres vivas, y pasando con desden por delante de los Abencerrages, se coloca entre los Zegries: Allí le cede el mando, pero el Príncipe lo rehusa. El Rey dá orden á los Jueces para distribuir lanzas iguales á los que quieran disputar los premios.

Cada quadrilla habia de nombrar doce caballeros para correr juntos la sortija, y el dexar de acertar una sola, bastaba para perder el derecho de correr otra vez. El premio destinado al vencedor era una exquisita garzota de diamantes, reservando para consuelo de los vencidos, otros presentes no tan magníficos.

La

La señal se hace , y el primero que se presenta es el famoso Abenhamet, que saliendo disparado como un rayo del esquadron azul, se lleva la primera sortija. El Zegri Ali pretendia llevarse la segunda ; pero Boabdil se adelanta , y turbándole el odio que profesa á Abenhamet, vuela , yerra el golpe , rompe furioso la lanza , y se oculta entre los Zegries. Ali se presenta , y se lleva la segunda : Abenhamet ligero como el relámpago gana la tercera : Ali vuelve , y gana la quarta, excitando el aplauso general: el Abencerrage corre otra vez , da con la lanza en la Paloma, y salta al ayre la sortija ; pero ántes que caiga al suelo, la enfila con destreza , excitando las aclamaciones del pueblo. Ali no osa volver á la lid , y los Zegries, los Gomeles y los Alabeces corren inútilmente. Los mas afortunados se llevan cinco sorti-

jas

jas , quando Abenhamet habia ya ganado veinte. Mil clarines anuncian la victoria , y los Jueces le adjudican el premio , que recibe , de rodillas , de la mano de Moraima , y corre á ponerlo á los pies de Zoraida , cuyo corazon le habia estado deseando el triunfo y la gloria.

Prepáranse los quatro esquadrones para el juego de cañas , y armados todos de ellas , corren unos contra otros , las rompen contra los broqueles , las arrojan al ayre , y las cogen en su carrera. Todos manejan con destreza Caballos mas rápidos que el Águila , se atacan , huyen , vuelven , se forman , se dispersan , se paran , se reunen con precipitacion , engañando los ojos admirados , que no pueden seguir sus diversos movimientos : al modo que en el mar de Almería , se ve una tropa de delfines hender la líquida  
lla-

llanura , mezclarse con mil vueltas y rodeos , perseguirse sin alcanzarse jamas , saltando sobre las espumosas ondas.

Pero la traicion mas horrible estaba preparada para ensangrentar las fiestas. Los Zegries abominables llevaban cotas de malla debaxo de los vestidos dorados; y en el tumulto de los juegos, muchos de ellos cambiaron sus cañas por lanzas verdaderas. Abenhamet fué herido el primero; y lleno de furor al ver correr su sangre, acomete con sable en mano al Zegrí que le habia puesto así, y lo dexa tendido en el suelo. Los Zegries sacan los alfanges, y los Abencerrages instruidos de aquel atentado, vuelan á socorrer á su Capitan : los Alabeces se declaran en su favor, y los Gomeles por los Zegries: los quatro esquadrones pelean con igual esfuerzo ; profiriendo ámbos partidos los



los nombres de traidor y alevoso. La sangre corre por la plaza, el pueblo se pone en fuga, y el odio, la venganza y la muerte se sacian en aquella atroz carnicería.

El Rey, los Jueces, mi hermano; hacen inútiles esfuerzos para apaciguar aquel furor: ninguno conoce la voz de Almanzor: todos desprecian la autoridad de Muley: todos atropellan los Jueces del campo. Los Abencerrages, que sienten rechazar sus espadas las cotas de los enemigos, conocen la traición, y corren á las barreras para tomar sus corazas; pero los Zegries los persiguen, y los asesinan en aquel estrecho paso. En este desastrado día, hubiera fenecido esta valiente familia, si mi hermano, que habia ido á armarse, no se hubiera presentado de repente en la plaza, y sosteniendo solo el esfuerzo de los vencedores, favoreciese

á los Abencerrages. Los Zegries salen por otra parte, se esparcen por toda la ciudad, gritando: ¡al arma! ¡Viva nuestro Rey Boabdil! Acabe de reynar Muley-Hassem! El pueblo que ellos habían comprado, aumenta la tropa rebelde, y Granada se subleva en un instante. Cierranse las puertas de las casas: brillan en las calles millares de lanzas, y el ayre se llena de horribles gritos. Boabdil, en medio de los Zegries, sopla el fuego de la rebelion: los facciosos lo proclaman Rey, y al punto se encamina á la Alhambra, seguido de un numeroso tropel.

Muley-Hassem se habia retirado á aquel palacio, solo con su familia. Nosotros estrechándolo entre nuestros débiles brazos, procurabamos tranquilizarlo, al mismo tiempo que un espanto mortal nos embargaba la voz y las fuerzas. El generoso Rey, sin temer por

por sí, sólo pensaba en sus vasallos, sólo por ellos vertía piadosas lágrimas, sólo por ellos invocaba al Ser eterno. ¡Poderoso Allah! exclamaba tendiendo al cielo las manos trémulas: rompe mi cetro, pero salva á mi pueblo: perdónale su furor, pues lo engañan, lo precipitan en el crimen: ¡no lo castigues, Dios piadoso!

Almanzor se prepara para defendernos: junta las guardias dispersas, da armas á los esclavos, manda cerrar las puertas de la Alhambra, coloca los Flecheros en las torres, y puesto sobre la plataforma, se presenta apoyado sobre la lanza, que hace temblar á los Zegries.

Al mismo tiempo ve llegar los valerosos Abencerrages, armados de brillante acero, ardiendo en furor é indignacion. Los Almoradies y Alabeces, Tribus fieles á su Rey, viniéron á de-  
fender

fenderle, ó morir; y desdendiéndose de esperar al enemigo detras de los muros del palacio, se colocan delante de las puertas. Almanzor corre á ponerse entre ellos, y las aclamaciones se repiten al verle. Oyense al mismo tiempo otros gritos, y se descubren los Zegries, los Venegas, los Gomeles, acompañando á Boabdil, seguidos de una multitud desenfrenada.

La vista de Almanzor los detiene. Un profundo silencio sucede al tumulto, y nadie osa poner las manos en el héroe de Granada, digno objeto de su admiración; pero animados por Boabdil, se forman en batalla; y baxan las lanzas. Las trompetas de una y otra parte iban á dar la horrible señal, quando se abren repentinamente las puertas de la Alhambra, y Muley-Hassem trayendo en sus manos el cetro y la corona, se pone entre los dos exércitos. De-

Deteneos, les dice, y no os hagais dignos de la cólera celeste, derramando la sangre de vuestros hermanos. No prodiguis esa sangre que necesitais contra los Españoles. Abencerrages, Zegries, vosotros mismos os quereis forjar las cadenas: olvidad esa fatal discordia, guardando el valor para emplearlo contra vuestro comun enemigo. Decis que estais ofendidos, y no ignorais que yo lo estoy: aprended de mí á vengaros.

Pueblo de Granada, mi reynado te cansa: desde este instante se acabó. Pues me niegas el amor, no quiero ya tu corona. Ven á recibirla, Boabdil: ven, toma ese cetro que desearás, y que tal vez encontrarás pesado: acercate, hijo mio, acercate y no te espantes: mira estas canas, y dime si pensaste acaso, que por los pocos dias que me quedan de vida, permitiria yo

que corriese la sangre de mis vasallos. ¡Ah Boabdil, Boabdil! tú no conociste jamas mi corazon : tú lo has llenado mil veces de amargura ; pero tu padre te perdona , si haces felices á tus vasallos ; si tu justicia y beneficencia no les dexan arrepentirse de lo que ahora hacen por tí. Pronunciando estas palabras , el augusto anciano presenta á su hijo la corona y el cetro. Boabdil lleno de temor , queda inmóvil , sin atreverse á levantar los ojos á mirar á su padre , ni poder dar un paso hácia él. Muley le previene , se adelanta , ciñe su frente , llena de rubor , con aquella diadema objeto infeliz de sus descos , y vuelto despues hácia los dos partidos , que miraban atónitos , les dice : Abencerrages , haced salva al Rey de Granada ; y vosotros Zegries , jurad la paz á vuestros generosos enemigos.

Entónces el pueblo lleno de gozo clama : ¡ viva el Rey Boabdil, vivan los Abencerrages , los Zegries y Muley-Hassem ! Conducen con pompa á Boabdil al palacio de la Alhambra, mientras que mi padre , seguido de Almanzor , de Moraima y de mí , se retira al Albayzin , antigua habitacion de los primeros Reyes moros.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

**FIN DEL LIBRO II.**

## SUMARIO DEL LIBRO IIIº

**Z**ulema cuenta las mudanzas, hechas en Granada, durante el reinado de Boabdil. Corrupcion de la corte y del Rey. Amores de Abenhamet y Zoraida. Cautividad de Ibrahim. Abenhamet lo libra. Boabdil, su rival, se opone al himeneo de los dos amantes. Envia á Abenhamet contra los Españoles. Vuelve vencido por Gonzalo. El héroe penetra en Granada. Las Leyes condenan á Abenhamet á muerte. Zoraida, por salvarle, da la mano á Boabdil. Almanzor conduce á Abenhamet léjos de Granada. Abenhamet vuelve. Encuentra á Zoraida en Generalife. Quatro Zegries los descubren miéntras hablan, y dan aviso al Rey. Furor de Boabdil. Muerte de Abenhamet. Matanza de los Abencerrages. Combate en el palacio. Dexan á Granada los Abencerrages.



## LIBRO TERCERO.



**E**l mas poderoso y feliz de los Reyes , aquel á quien la fortuna y la victoria colman de sus favores , el que mira al rededor de su trono todo el esplendor y los gustos de la gloria, carece de la felicidad mas pura y mas cara á los corazones tiernos, la certidumbre de verse amado. Las ofrendas que le prodigan, las alabanzas con que le fatigan, y aun la fidelidad que le demuestran, esperan siempre la recompensa : el interes no dirige sus votos á su persona, sino á su poder. Esta idea atormenta su espíritu, y una justa desconfianza se mezcla en los sentimientos de su corazon. ;Infeliz del que pudiendo pagarlo todo, puede pensar que ninguno le da nada!

Pero Muley al baxar del trono,

vuelto á la clase de los hombres , adquirió el derecho mas excelente y mas precioso de la humanidad, el de encontrar amigos. Su corte numerosa desapareció ; pero le quedáron los Abencerrages , aquella virtuosa tribu que le miró siempre como á su Rey, tributándole mas respeto , quanto menor era su poder. Almanzor , su esposa y yo , rivales en todos los oficios piadosos , que podian consolar su vejez ; contentos en consagrar nuestros dias en una ocupacion tan cara á nuestras almas ; no osabamos quejarnos de un crimen que nos habia hecho felices , reuniéndonos en el seno del mejor de los padres. Si sentiamos la pérdida de su corona , solo era por su pueblo y por él : si Muley suspiraba por ella , solo era por sus vasallos y por sus hijos.

Entre tanto , el nuevo Rey mudaba la haz de Granada. Retiráronse  
los

los antiguos Visires, reemplazándolos jóvenes inexpertos : los Generales de los ejércitos , encanecidos en los campos de batalla , tuvieron el destierro por paga de sus trabajos y de sus heridas : una juventud, conocida solo por sus vicios ó por su favor , vino á mandar los soldados veteranos , compañeros antiguos de sus padres : la antigua disciplina ; madre del valor y la victoria , se olvidó en un momento , y el ejército se transformó en un tropel de mercenarios desenfrenados , osados contra sus Capitanes ; cobardes contra el enemigo : las fronteras , cometidas á unos Gobernadores que vivian en la corte , sin conocerlas , las sorprendieron é invadiéron los vigilantes Españoles ; y para colmo de nuestra calamidad , en esta época fatal , suscitó el cielo contra nosotros ; ese terrible enemigo de los Moros , ese

in-

invencible Castellano, cuyo nombre sin duda habrá llegado á vuestros climas lejanos, el valeroso Gonzalo de Córdoba.

Ni sus hazañas ni sus rápidas conquistas pudieron despertar á Boabdil de su vergonzoso letargo. Los criminales Zegries eran sus consejeros, y el Monarca solo pensaba en aquellos placeres tumultuosos, de que los adula-  
 dores cercan á su señor, temerosos de que oiga los clamores del pueblo. Los magníficos juegos y las fiestas públicas, que estableció Muley, habian cedido el lugar á las asambleas misteriosas, á las danzas afeminadas, á los festines de donde estaban desterrados el pudor y la templanza: el amor tierno y respetuoso era objeto de la insolente mofa, y en lugar de los afectos, que hicieron célebre á Granada entre todas las naciones, solo se encontra-

ba la disolucion y la licencia.

En medio de tantos vicios , présa-  
gos de nuestras desdichas , se encendió  
de nuevo en el alma de Boabdil , una  
pasion , que de mucho tiempo parecia  
haberla apagado la resistencia. La her-  
mosa Zoraida , hija del anciano Ibra-  
him , era el objeto de tan funesto amor.

Zoraida era Africana. Desde los  
primeros dias de su vida , habia co-  
nocido las desgracias , perdiendo á su  
madre aun en la cuna ; y su padre,  
primer Visir del Monarca de Tremezen,  
despues de haber visto destronar á su  
infeliz soberano, desterrado y despoja-  
do de sus bienes , vino con su hija á  
Granada, á implorar la piedad de Mu-  
ley-Hassem. Mi padre le recibió en la  
corte , le dió el gobierno de la ciu-  
dad de Jaen , y mandó que Zoraida se  
criase en su palacio.

Apénas salia de la infancia, quan-  
do

do ya su atractivo y sus gracias inflamaban nuestra guerrera juventud. Abenhamet, el gallardo Capitan de los Abencerrages, que ganó el premio el dia del crimen de los Zegries, niño aun como Zoraida, apenas la conoció, la eligió y adoptó por su hermana. Su felicidad era estar cerca de ella, y repetirle mil veces el juramento de amarla toda su vida. La jóven y sincera Africana se lo prometia igualmente, y le declaraba que á él solo deseaba amar.

Dulce privilegio de aquella edad dichosa, en la que todavía perdonan los hombres la sencillez y el candor! Así que Zoraida se acercaba á los tres lustros, aprendió á ser mas cauta y Abenhamet mas tímido. Ya no se atrevia como en otro tiempo, á venir á su aposento á qualquier hora, ni osaba hablarle ni aun de amistad; pero mas amoroso que nunca, sentia la fuer-

fuerza de aquel primer amor; tan vivo y tan puro en los corazones tiernos; ocupándose continuamente en seguirla, en esperarla, en buscarla. En palacio, en la mezquita, en el jardín de Generalife, siempre seguía sus pasos, sin poder vivir sin su vista; pero al verse juntos, sus ojos miraban la tierra, el rubor cubría sus mejillas, las palabras eran trémulas y sin orden, quedando fuera de sí, sin aliento y sin voz.

Por este tiempo fué quando Gonzalo entró con su ejército en nuestro territorio, presentándose delante de Jaen, en donde gobernaba el anciano Ibrahim. Gonzalo toma por asalto la ciudad, despues de una larga resistencia, y el padre de Zoraida queda prisionero. Su hija, bañada en llanto, va á echarse á los pies del Rey: volvedme mi padre, le dice, y tomad todos

dos los beneficios de que me colmais : á mí me basta una choza con el autor de mi vida ; ó si Gonzalo es inflexible , alcanzad á lo méros que yo vaya á acompañarle en sus cadenas , y consagrar en su servicio la vida que le debo.

Muley movido de sus lágrimas , le promete escribir á Gonzalo , y que el primer artículo de la paz será la libertad de Ibrahim , halagándola y añadiendo nuevas caricias para consolar su desgraciada suerte. Pero Abenhamet , que miraba sus lágrimas , y las sentia caer en su corazon , resolvia en su interior enxugarlas. Temiendo que si no se verificaba la paz , se mantuviese Ibrahim cautivo por largo tiempo ; no siendo todavía dueño de los muchos bienes , que con el tiempo habia de poseer , sale á buscar á Gonzalo , y llegándose á él con la confianza que inspira la juven-

ven-



ventud y el amor : magnánimo guer-  
 ro , le dice , yo soy el Capitan de los  
 Abencerrages. Mi edad no me ha dexa-  
 do todavía medir mis armas con las  
 tuyas ; pero espero que este feliz tiem-  
 po llegará. Bien conoces la nobleza de  
 mi familia , y que te prodigarán el  
 oro por mi rescate. El valeroso Ibra-  
 him no tiene bienes : trueca ese anciano  
 por mí ; entrega ese desgraciado  
 padre á una hija , que solo puede ofre-  
 certe sus lágrimas , y recibe en su lu-  
 gar al más rico de Granada.

Calló , y Gonzalo sintiéndose en-  
 ternecido , le dice : Abencerrage , tú  
 no debes ser cautivo mio : tu estima-  
 cion , no tus riquezas es lo que quie-  
 ro : vuelve á Granada con Ibrahim : so-  
 lo á tu pecho virtuoso lo concedo ; y  
 si este corto beneficio merece tu reco-  
 nocimiento , procura no encontrarme  
 en las batallas.

¿Quién

¿Quién podrá explicar la alegría de Zoraida quando Abenhamet le presenta su padre adorado? Dudando aun de su felicidad, se arroja al cuello del anciano, y le abraza, despidiendo continuos suspiros. Ibrahim le refiere al punto lo que debe al Abencerrage, y juntando las manos de los dos amantes, les promete en nombre de Allah, que se verán unidos dentro de pocos dias.

La accion de Abenhamet llenó de admiracion á Granada: todos alabaron su valor, y descáron el colmo de sus amores; admirando todos la magnanimidad de Gonzalo; y no puedo negar, que aunque ese soberbio Español sea acérrimo perseguidor de mi patria, aunque la sangre de mis hermanos ha manchado repetidas veces su brazo invicto, su noble proceder en la guerra, su dulce clemencia,

des-

después de la batalla, le han grangeado el respeto de nuestra nación. El guerrero conoce su valor, el cautivo su humanidad. Los Abencerrages, queriendo tributar holocausto á sus virtudes, pusieron en libertad doce cautivos christianos; escogieron doce caballos de Africa, y los enviaron al héroe Castellano, como una leve señal de su reconocimiento.

Muley-Hássem habia aprobado el himeneo de Abenhamet y Zoraida, conviniendo en que se verificase después del de Almanzor; pero el fogoso Boabdil, enamorado de Zoraida, creyendo deslumbrarla con su nacimiento, se atrevió á pretender su mano. La hija de Ibrahim, sin faltar al respeto debido al heredero del trono, no admitió sus deseos. Zoraida se creia ya olvidada de un corazon, que sabia tan poco amar, al tiempo que mi padre

Tom. I. H per-

perdió la corona ; pero lo primero en que empleó Boabdil su poder usurpado , fué en prohibir á Ibrahim el tomar á Abenhamet por yerno.

Ibrahim lleno de amargura , conservaba la esperanza de mover el ánimo del Monarca. Seguido del enamorado Abenhamet, se echa á sus pies, pidiéndole por único premio de su lealtad y de sus largos servicios, que le permita el ser reconocido , no obligándole á la edad de ochenta años , á faltar al honor por la primera vez. Boabdil no quiere oírle , y Abenhamet que callaba , esperando la sentencia de su muerte , levanta á Ibrahim lleno de furor , y poniendo en el Rey los ojos airados le dice : Zoraida es mia: la voluntad de su padre , la suya , todos los derechos del amor y de la amistad , esos son mis títulos. ¿ Quáles son los motivos que tú tienes para quitar-

me el bien que he merecido? Yo no doy cuenta de mis designios, responde el Monarca enfurecido, ni mis vasallos merecen mas de lo que mi bondad les quiere dar. Boabdil, le dice Abenhamet, tus vasallos han aprendido de los Zegries á destronar un Monarca justo: teme que aprendan de los Abencerrages á castigar los tiranos.

El Rey pone mano á su alfange: Ibrahim se echa á sus pies: yo, Señor, yo solo debo ser castigado, pues yo soy quien le dió mi hija. Miétras yo respire, Zoraida es de mi libertador: arrancame la vida, Boabdil, para librárame de mi promesa.

Al decir esto, el anciano descubre el pecho lleno de cicatrices, y lo ofrece á la cólera del Monarca, excitando la compasion aun de los mismos Zegries. Abenhamet, la mano en el puñal, está dispuesto para defender á su

padre ; y el Rey confuso, puestos los ojos en el suelo , medita lo que ha de resolver. Receloso de los Abencerrages , teme que un acto de crueldad derribe un trono mal asegurado ; pero instruido de largo tiempo en la perfidia , dilata su crimen para asegurarlo mejor. Compone en fin su semblante , y fingiendo domar su justa cólera ; Ibrahim , le dice , tus virtudes han despertado mi clemencia : por ellas perdono al imprudente Abenhamet ; pero tu hija es de tal precio , que una sola accion de valor es poco para merecerla. Yo mismo daré á su amante la ocasion de hacerse digno de ella. Jaen , que Gonzalo ha conquistado , era la llave de mis estados : si Abenhamet la recobra , Zoraida será la recompensa.

El Abencerrage , sin poder contener su alegría , se echa á los pies de Boabdil : tú me haces invencible , Rey de

dé Granada : toda mi sangre, derramada por tí, no podrá expiar las palabras, que profirió mi juventud. El Monarca le levanta con falso agrado, proclama á Abenhamet su General, y ordena que, dentro de tres dias, parta el ejército contra Jaen.

En estos tres siglos de espera, el valeroso y tierno Abenhamet prepara sus caballos y armas. Ibrahim quiere seguirle, honrándose de servir á las órdenes de su amigo : mi hermano debe tambien acompañarle : los Abencerrages se disponen, y el enamorado jóven transportado de alegría, corre á abrazar las rodillas de Zoraida, pidiéndola que adorne su lanza con un lazo ó un velo que haya traído sobre ella. Zoraida procura encubrir la profunda tristeza que la devora, y le da una faja blanca, en la qual habia bordado sus nombres entrelazados, leyén-

dose debaxo de las cifras unidas, la palabra tierna de *siempre*. Zoraida se la cifre llorosa, y sin atreverse á pedirle que no exponga su vida, ruega á su amante que cuide de su padre, y pide en secreto á éste el moderar el valor de su amante.

La hora de partir llegada, el ejército se forma en batalla en la plaza: los Abencerrages forman el ala derecha, cerrando los Zegries la izquierda: Abenhamet aparece armado, baxo una túnica azul, de una coraza forjada en Fez, ceñido de la faja de Zoraida, llevando la garzota de su familia en el turbante forrado de acero: á su izquierda pende un sable guarnecido de diamantes, y con la mano derecha empuña una lanza mora, armada de hierros agudos por ambos extremos. Venia montado sobre un caballo blanco, cuyas largas crines



besaban la tierra : contempla el ejército , llenos sus ojos de ánimo y de amor , confia la derecha al valeroso Almanzor , la izquierda al prudente Ibrahim , y va á dar la última señal , quando el Rey entra en la plaza con el estandarte del Imperio. Esta insignia tan respetada , en la qual habia una granada de rubies en campo de oro , no salia de la mezquita , sino en los lances mas árdüos. Boabdil la pone entre las manos de Abenhamet diciéndole : Abencerrage , hazte digno de mi confianza , y piensa en las obligaciones , que te impone la presencia de esta insignia sagrada.

Abenhamet lleno de ardor , toma con mano codiciosa el estandarte , y jura al Monarca morir ántes de abandonarlo. Llama al intrépido Octair , el mas valiente de sus compañeros , y se lo entrega. Octair , gozoso

con tal honor, se pone al lado del General, de quien no debe apartarse un momento, y las trompetas tocan á marchar. ¡ Ó ciego Abenhamet! ; cómo corres al precipicio, sin saberlo! Los Zegrics lo habian preparado con el pérfido Rey, asegurando sus intentos el estandarte de Granada. Nuestras leyes condenan á muerte al General, que vuelve sin esta insignia de nuestra gloria, y con esta cruel esperanza la habia confiado Boabdil á su rival.

Abenhamet entre tanto solo piensa en obtener á Zoraida : marcha con ayre triunfante al frente de sus guerreros, sin poder contener su regocijo, y siguiendo el uso de nuestra nacion quando camina á pelear, cantan al son de los címbalos y añafles, estas palabras guerreras.

La guerra tronó : los ecos  
á su voz, Abenhamet,

mil

mil veces claman; y léjos  
¡ay, ay! responde Jaen,  
mis fuertes torres  
van á caer.

El clarín sonó: guerreros,  
marchad blandiendo las lanzas  
sobre el relinchante bruto  
que el freno espumando tasca.  
Allí donde fiero Marte  
acerada muerte os guarda,  
allí con sangre regado  
nace el laurel de la fama.

La guerra tronó: los ecos &c.

¿Qué vale que cien provincias  
mueva contra vos España

si ocho siglos de heroísmos  
se encierran solo en Granada?

Do, quier os cercan gloriosos,

las paternas hazañas:

cien triunfos moriscos yacen

dó quier posareis la planta.

La guerra tronó: los ecos &c.

¡Ay, que las tumbas se abren!

¿ois que de ellas os claman,

*vencer ó morir?* ; perezca

quien viva para la infamia!

Jurado está: el que á la muerte

vuelva cobarde la espalda,

Amor será su enemigo,

y su verdugo la Patria.

La guerra tronó : los ecos &c.

Si os desalientan los rayos  
de las diestras Castellanas  
volved un punto la vista  
á las torres de Granada.

Allí del Xenil las Bellas  
os miran, y enamoradas,  
seguras de la victoria  
os texen ya las guirlandas.

La guerra tronó : los ecos &c.

¿ Será que, en baldon vencidos,  
dexeis marchitar las palmas  
que en loor de vuestra gloria

su amor ardiente prepara ?

Léjos el temor. Doncellas  
texed sin cesar guirlandas,  
que Abenhamet es caudillo,  
y ordena triunfar Zoraida.

La guerra tronó : los ecos &c.

Los Zegries habian avisado secreta-  
mente á Gonzalo, que estaba en Jaen  
con Lara su fiel amigo, Lara el mas  
famoso de los Castellanos despues de  
Gonzalo, y casi tan fatal á mi patria  
como ese invencible guerrero.

No obstante que su ejército era  
po-



poco numeroso , los dos Españoles no quieren esperar á los Moros , y vienen á encontrarlos , maniobrando con tal arte , que atacan de improviso á nuestras tropas ántes de entrar en su territorio. Los soldados sorprendidos se llenan de terror , sin que todos los esfuerzos de Abenhamet sean bastantes á animarlos. Corre por todas partes, busca , llama á Gonzalo , lo encuentra , lo detiene pocos instantes , le hiere ; pero Gonzalo con brazo más firme , le dexa tendido en tierra. De allí va á acometer á Octair , y de un revés hace saltar la mano , que empuña el estandarte : Octair lo vuelve á coger con la otra : Gonzalo se la divide. Entonces el leal Octair abraza con los trozos de sus brazos la insignia sagrada , apretándola contra su pecho , y de esta manera recibe la muerte , y el terrible Castellano se hace dueño del estandarte.

Al-

Almanzor corre á recobrarlo al frente de los Abencerrages; pero Lara vencedor entónces de los Zegries, viene á cercarlos. El combate no es ya sino una horrible carniceria. Ibrahim bañado en sangre, espira llamando á Zoraida: Almanzor apénas puede sostenerse: los Abencerrages engañados, abandonados de todo el ejército, caen, espiran al golpe de las espadas, sin que ninguno quiera rendirse, ni quiera ninguno alejarse un paso del cuerpo de Abenhamet, que yacia moribundo por tierra.

Gonzalo los admira, y suspende el primero su terrible brazo, mandando á sus Españoles que abran paso á unos enemigos que estima, á quienes quiere vencer, y no asesinar. Almanzor levanta á Abenhamet sangriento, lo lleva en medio de sus hermanos, y se retira sin huir, sin desórden ni temor,

mor, volviendo hácia el vencedor la frente, que tantas veces habia salido triunfante.

Los Zegries habian llegado á Granada, y esparcido la nueva de la derrota. Las madres, las esposas, esperaban temblando, en las puertas de la ciudad, la vuelta de los Abencerrages. Zoraida afligida pedia su padre y su amante á todos los que volvian del combate. Al fin descubre la valiente raza, reducida á un corto escuadron, teñida en sangre, cubierta de heridas, trayendo al moribundo Abenhamet. A la vista de este espectáculo, lanza un horrible grito, vuela, se arroja sobre Almanzor; ¡mi padre, mi padre! dice: ¿Lo perdí todo en este afrentoso dia? Las lágrimas fuéron la respuesta de Almanzor. Zoraida fuera de sí, busca á Ibrahim, fixa los ojos desencaxados en el pálido rostro de su aman-

amante, mira á Almanzor enmudecido, entiende su silencio, y cae sin sentido entre los pies de los caballos.

Todos acuden á socorrerla y la llevan al palacio. Almanzor camina hácia el Alhambra para dar aviso al fe mentido Rey, del peligro que amenaza á Granada, miéntras los Abencerrages lastimados llevan á depositar en su casa al desgraciado Abenhamet. Sus heridas eran muchas y peligrosas, pero sin embargo daban esperanzas de salvar su vida. Detienen la poca sangre, que le queda en sus venas, y le curan con el precioso balsamo, que nos suministra la Arabia. Abenhamet vuelve en sí, pero apenas se reconoce, que apartando á los que le rodean clama: ¡soy vencido! ¡soy vencido! ¡Yo la perdí!... La perdí para siempre!... Diciendo esto, rompe las vendas que cubren sus heridas, corre de nuevo la

san-



sangre, volviendo al miserable estado primero,

Zoraida, en el palacio, nos tenia en igual inquietud. Un dolor profundo la abate, quitándole la facultad de llorar, y contemplándonos con ojos feroces, pronuncia sin cesar los nombres de Ibrahim y Abenhamet, los fixa en tierra, repitiendo estos nombres tan caros á su corazón, y de impróviso esta tranquilidad aparente se convierte en gritos horribles y convulsiones espantosas.

La fiebre ardiente se apodera de ella, y un delirio cruel la transporta en medio del campo de batalla: allí venga la muerte de su padre: allí defiende á su esposo. Todos los remedios son inútiles, sin que haya esperanza de sacarla de los brazos de la muerte.

Mientras que cada familia estaba sumergida en el dolor, Gonzalo victorioso se presenta delante de los mu-

ros

ros de Granada. Mi hermano lo había previsto : mi hermano nuestra única esperanza , grita al arma á nuestros guerreros. Boabdil sale en persona con los Zegries á pelear contra los Españoles : Almanzor seguido de los Abencerrages rechaza á Lara lejos de nuestras murallas ; pero el Rey acometido de Gonzalo se pone en fuga y entra con precipitacion en la ciudad. El intrépido Castellano viene en su alcance dentro de nuestros muros, y abandonado de los suyos penetra hasta el Alhambra. Yo le ví : yo misma le ví , y ¡ su imagen , que aun creo estar mirando , me hace estremecer ! Ah ! oxalá que yo sin ofender vuestro valor ; no llegueis nunca á las manos con ese héroe ! Solo , en medio de nuestra capital ; despreciando todo un pueblo enemigo , destruyendo quanto se le oponia , llegó no lejos de mí. Allí , sin duda , advirtien-

do

do que no le acompañaba ninguno de los suyos, se detiene, queda inmóvil, vuelve á tomar lentamente el camino que habia dexado sembrado de víctimas, y sin pensar en defenderse contra la multitud que le acometia, vuelve el rostro para exâminar los sitios que ha de conquistar.

Pasados estos momentos de susto, volvimos á cuidar de los dos desgraciados amantes. Abenhamet y Zoraida desean en vano la muerte, que el vigor y la juventud rechazan. La esperanza de volverse á ver, el consuelo de llorar juntos, los retiene en la vida, animándolos á resistir á su deplorable estado.

Boabdil esperaba este momento, y va solo á ver á la triste Zoraida, que ignorando su delito, le recibió sin horror. El pérfido Rey honró la memoria de Ibrahim con sus lágrimas, pro-

digando los elogios á su valor ; pero luego que pasaron algunos dias , fingiendo tomar parte en el dolor de su hija , manifestó sus deseos de honrar las cenizas del desgraciado anciano, dándole un público testimonio de estimacion y reconocimiento, ofreciéndole un augusto himeneo, como el único medio de pagar lo mucho que debia á Ibrahim.

Señor , respondió Zoraida , mis grandes desdichas no me dexarán disimular ; que mi corazon está muy léjos, de merecer ese himeneo. Este corazon no amaré mas de una vez ; y Abenhamet es el objeto de su amor. Si los servicios de mi padre, si la sangre que ha derramado por vos, tiene algun precio ante vuestros ojos, si quereis dar algun consuelo á su sombra, cumplid sus últimos deseos , uniendo su hija á aquel que Ibrahim habia esco-

gido para yerno. Ibrahim lo verá desde el alto cielo donde habita, y se regocijará de haber dado su vida por un Rey, que se digna de remplazarlo.

Al oír este discurso, Boabdil sin poder reprimir la cólera, ¡Zoraida! dice con tono impetuoso, tú abusas de mi funesto amor: Abenhamet no puede ya esperar tu mano, pues las leyes le condenan á muerte. Solo yo puedo hacer gracia, y ésta depende de tí.

Boabdil sale inquieto y airado, y sabedor de que el Abencerrage empezaba á recobrar sus fuerzas, manda que le pongan guardias, y nombra los ancianos que le han de juzgar.

La ley pronunciaba su muerte. Abenhamet habia perdido el estandarte sagrado del imperio, y debia morir. Los jueces firman la sentencia con sus lágrimas, y el Rey la lleva á Zoraida. Escoge, le dice, poniéndosela

en las manos : escoge al punto : este solo instante se te concede : Abenhamet ha de morir , ó tú has de subir al trono : el altar y el cadalso están preparados.

Atónita al oír estas palabras, Zoraida quedó sin saber que resolver. Su primer movimiento fué arrebatarle el puñal , y librarse por sí misma de la horrible elección que le proponía; pero la detiene el considerar que la muerte de Abenhamet ha de seguir á la suya. Sin esperanza de mover el ánimo del Déspota feroz, está vacilante y trémula. Boabdil la insta , y descontento de su silencio , manda que vayan á buscar la cabeza de su rival. Deteneos , exclama Zoraida , deteneos, víctima suya soy : aquí está mi mano : caminemos al templo.

Calló , y el inflexible Rey la condució á la mezquita , en donde todo es-

tabā ya preparado para el triste himeneo. Zoraida pálida y moribunda se presenta en medio de un pueblo insensato, que aplaude su nueva Reyna, y le desea por largo tiempo la felicidad de que cree va á gozar. Pronuncia en fin con débil voz el juramento de ser infeliz, mil aclamaciones le responden, mil alegres voces mezcladas con el son de los sistros, ahogan sus tristes gemidos; y las fiestas mas pomposas celebran aquel dia de dolor.

El Rey, fiel á su palabra, declara al dia siguiente al himeneo; que la juventud de Abenhamet, su valor, el de su familia, le impelian á suavizar la severidad de los jueces; pero queriendo acordar el inviolable respeto, que tenia á las leyes con la distincion debida á los Abencerrages, convertia en destierro la pena señalada á su Xefe. Quando el Monarca parece clemente

ninguno se atreve á murmurar. Los aduladores viles ensalzaron su pérfida bondad.

Almanzor con ojos penetrantes comprendia el horrible misterio, y queriendo evitar los primeros efectos de la desesperacion de Abenhamet; se va al lugar donde está preso, y apretándole entre sus brazos, amigo, le dice, en fin vivirás: el Rey te destierra solamente de Granada; pero Zoraida..... ¿Zoraida expiró? exclamó Abenhamet: Méenos desdichada seria: escucha la verdad horrible: llama todo tu valor para soportarla, y piensa sobre todo, amigo, que si cedes al dolor, darás la muerte á Zoraida, á Zoraida... á la esposa de Boabdil.

Al decir estas palabras, vuelve á estrecharlo contra su corazon para impedirle atentar á su vida; pero Abenhamet queda sin sentido entre sus  
bra-



brazos. Mi hermano , aprovechándose de este accidente , lo hace llevar á una de sus casas de campo , poco distantes de Granada.

El generoso Almanzor , clavados los ojos en su amigo , procura descubrir en los suyos los movimientos de su alma. No busca medio ninguno de consolarle , sino calla , lo sigue , lo examina , lo guarda como á un insensato. Abenhamet conserva un profundo silencio: los ojos enxutos , la cabeza doblada sobre el pecho , el ceño espantoso , los dientes rechinan con violencia , dando miradas siniestras á Almanzor , cuya presencia le cansa , y se opone á sus intentos.

Tres dias pasaron de este modo , sin que mi hermano le abandonase un instante , ni se atreviese á hablarle de una amistad insuficiente para tan crueles desdichas. En fin Abenhamet rom-

pe el silencio , y le dice reposado : no temas Almanzor mi dolor : conozco el alma de..... de aquella en quien puse tanto amor : la conozco , y solo por salvar mi vida , pudo resolverse la desdichada..... Párase ; levanta los ojos al cielo , hace nuevos esfuerzos , y continua con amarga risa : mucho se ha engañado.... no importa , yo la perdono. Tomé mi resolucion irrevocablemente : yo pondré entre los dos una barrera inmensa : yo iré á buscar otros climas , en donde el nombre funesto de Granada , ni del exécrable Boabdil puedan llegar á mis oidos. Mañana partiré para el Africa : en sus desiertos encontraré la soledad que necesita un infeliz ; en sus Leones hallaré mas piedad que en nuestros tiranos. Tú me conducirás hasta el puerto de Almería ; este es el último favor que te pido , y espero de tu amistad. No me

atre-

atrevo á hablarte de mi reconocimiento : tú no lo dudas, ni piensas en ello.

01. Mi hermano engañado con estas palabras, creyó el valor de Abenhamet superior á sus desdichas. Aprobóle el intento, y aquel mismo dia tomaron ámbos el camino de Almería, en donde varias embarcaciones destinadas para Tunez, solo esperaban un viento favorable. Abenhamet se mostraba tranquilo, y el nombre de Zoraida no se le oía salir de su boca. Siempre pensativo, pero al mismo tiempo afable, encomendaba á Almanzor su voluntad, le prescribía la repartición que habia de hacer de sus bienes, y las recompensas de sus esclavos. En la tierra que voy á habitar, añadía, no es menester ser rico : lo que yo llevo me bastará, y mis parientes y servidores pensarán mas en mí, gozando de la felicidad que les he proporcionado : el

va-

valiente Almanzor no me olvidará tampoco, y los beneficios que me ha hecho no me dexan duda de ello; pero siento que por mi causa se detenga aquí, léjos de su familia y de su esposa: Muley-Hassem y Zulema te esperan: Moraima suspira por tí: vuélvete, dulce amigo, vuelve á gozar de la felicidad tan rara de ser esposo del objeto amado: quizá ha menester que la cuides, sin duda necesita de tu presencia: tal vez el viento tardará algunos dias: dilatar nuestra despedida; solo servirá para aumentar nuestro dolor; y en fin fuerza es que me acostumbre á vivir sin nada de lo que amo.

Almanzor le escucha lloroso, mientras que Abenhamet con ojos enxutos le insta de nuevo á partir. Mi hermano desobedece de volver á ver á Moraima, cede á sus vivas instancias, le abraza, promete executar su voluntad, y lle-

nó el corazón de amargura; pero sin inquietud por la vida del desgraciado Abencerrage, toma la vuelta de Granada.

Abenhamet vió cumplidos los deseos, que por largo tiempo le poseian. Apenas se ve libre, se prepara para el designio terrible que tenia meditado: vístese de esclavo, un turbante asiático muda su rostro ya desfigurado por el dolor, se arma de un puñal, sale de Almería, y vuélvese á Granada.

Llega y sube á la Alhambra, y vagando por los espaciosos patios de este inmenso edificio, se introduce en Generalife, caminando con paso temerario hácia el aposento de la Reyna.

La noche empezaba á cubrir de luto la tierra; quando Zoraida sola en el jardin, lloraba por Abenhamet baxo un rosal. Desde el dia del fatal himeneo,

nco, Zoraida no habia sabido nada de su suerte, ni habia pronunciado su nombre; pero todas las noches venia á gemir, al pie de aquel mismo rosal en donde, en tiempo mas feliz, se habia sentado tantas veces al lado de Abenhamet. Allí sola con sus memorias pasadas, con su amargo dolor y con su amor, creia ver á cada instante, el objeto que tenia en su corazon. Quanto Abenhamet habia hecho por ella, las palabras que habia dicho, la mas leve risa, la mas ligera circunstancia que las habia acompañado, se pintaban en su imaginacion. Su infortunio era ménos doloroso, en estos instantes de ilusion; pero vuelta á su infelicidad, un llanto amargo salia de sus cansados ojos.

La Reyna ve acercarse á ella un esclavo: míralo, conócelo, va á despedir un grito; pero el peligro de

Aben-

Abenhamet, el suyo propio, la triste memoria de lo que fué y de lo que es, la detienen: ¡Abenhamet! dice con voz baxa, ¡Abenhamet!... ¿Eres tú?

Si, responde el Abencerrage, yo soy quien te ha perdido: yo soy quien no puede vivir sin tí: yo soy aquel cuyos tristes dias compraste con el mas funesto sacrificio; quien viene ahora á devolvete el horrible presente que me hizo tu piedad.

Al decir esto, saca el puñal y levanta el brazo para herirse: Zoraida se arroja, y se lo arrebató, ¡ingrato! le dice, ¡ingrato! ¡crees que no soy ya bastante desdichada! ¡No he hecho todavía bastante en condenarme por tí al suplicio mas cruel! El cuchillo del verdugo amenazaba tu cabeza, una mano infame iba á cortar tu vida, si Zoraida.....

¡Oxalá! exclama Abenhamet fuera de

de sí, ¡oxalá que todos los tormentos que puede inventar Boabdil, hubiesen sacado gota á gota esta sangre que hierva en mis venas! Yo hubiera bendecido mis dolores: mis martirios me hubieran sido deliciosos, pensando que tú eras fiel, diciéndome á cada tormento que llevaba al sepulcro tu amor. ¿Y qué esperabas tú de tu debilidad? ¿Pensabas que yo soportaría los días horribles, que no puedo vivir para tí? ¿Qué la alegría de librarme de la muerte, ahogaría esta pasión violenta que desde los primeros días de mi vida llena y penetra mi corazón? ¿este amor eterno que me ha dado existencia y me hizo virtuoso? No, Zoraida, te engañaste; tú no hiciste mas que dilatar mi muerte, haciéndola mas amarga. Yo he querido que seas testigo de ella, para expiar el crimen, que cometiste contra el amor: para perdonártelo en  
 mis



mis postreros suspiros : para decirte, para jurarte por fin , que así que perdí el derecho de amarte no tuve fuerza para vivir.

Escucha , replicó Zoraida : yo no temo la muerte : si yo hubiera podido verte , hablarte un solo instante.... yo misma te hubiera llevado este puñal, y te hubiera dicho : muramos juntos, abre primero este corazon en donde estan gravados nuestros eternos juramentos , y líbrate despues con él de la infamia que te preparan. ; Pero delante de Boabdil ! ; entre el tirano y tu cadalso !.... El bárbaro habia ya pronunciado la órden de ir á buscar tu cabeza : el esclavo estaba ya en camino....

¡ Oh ! Abenhamet , lo que yo hice , tú lo hubieras hecho en mi lugar. Solo una palabra me queda que decirte. El honor me prohíbe verte : el honor solo es lo que me queda , y no debo faltar

á él. El honor me manda no amarte; Dios me niega la fuerza de hacerlo; pero si tú renuncias á la vida, si te atreves á atentar á unos dias que me cuestan tan caros, juro por tí, por mi padre, que esta mano que te estaba prometida, castigará mi cobarde corazón por un sacrificio tan doloroso, que tu crueldad quiere inutilizar, y que no es mas que una perfidia, sino sirve para salvar á mi amante.

Zoraida le entrega entónces el puñal : Abenhamet, sin ánimo para tomarlo; la mira, la contempla y arrojándose á sus pies le dice : ¡Ángel celeste! ¿Qué poder tienes sobre mí? una sola palabra de tu boca, una mirada, el sonido de tu voz, destruye todos mis intentos, y me hace mudar en un punto de pensamiento y de existencia. Viviré en fin pues que así lo quieres : te lo prometo : sufriré mis desdichas,

mién-

mientras tu voluntad suprema me ordene el ser infeliz : Abenhamet no volverá á verte : ¡ ah ! te conozco bien, te amo demasiado para esperar ni desear el mirarte ; pero á lo ménos apiadate de mi dolor , por ser la última vez que te implora : dime , dime , Zoraida , dignate de decirme solamente que conservas todavía tu amor á Abenhamet ; que siempre habitará en tu corazón ; que ni el tiempo ni la ausencia borrarán nunca aquel primero y dulce sentimiento que llenaba en otro tiempo tu alma. Si quieres que yo lo oiga de tu boca , viviré : sí , te prometo cuidar de mi vida : entonces no la aborreceré , no la miraré con horror : la certidumbre de que tú me amas aplacará mi desesperación.

Abenhamet calla , toma con ardor , y suelta al mismo punto la mano de Zoraida. Ella infeliz vuelve el rostro

para ocultarle sus lágrimas : vete Abenhamet , le dice , vete de este sitio terrible : no olvides la palabra que me has dado : no pidas que mi corazon descubra inútilmente lo que mi deber me prohíbe : mira , reconoce este rosal....

Aquí llora Zoraida todas las noches.

Al decir estas palabras , cree oír ruido detras de los rosales , levántase pavorosa , y obliga á Abenhamet á alejarse , retirándose ella al mismo tiempo á su aposento , de donde asomada

á un balcon descubre el Generalife , y trémula y sin aliento escucha con atencion , y exâmina los jardines , ayudada de la claridad de la luna. El silencio que reyna en todas partes calma su agitacion y su susto , y fixando los ojos en el rosal amado , que distingue á lo léjos , se entrega á sus pensamientos melancolicos.

Pero el ruido que habia oido,

anunciaba en efecto sus desdichas. Mientras que el imprudente Abencerrage olvidaba, á los pies de Zoraida, el peligro que le rodeaba, quatro Zegries pasaban por detras de los rosales, y reconociendo la voz de Abenhamet, se paran, observan por entre las hojas, y ven el objeto de su odio, aquel que habian concertado perseguir, arrodillado delante de la Reyna, delante de la esposa de Boabdil. Sorprendidos al verle, pero llenos de alegría, meditan el mas atroz delito, y arrebatándolos el furor, van y buscan al Monarca.

Rey de Granada, le dice Mofarix, perdona á tus leales vasallos, que vienen á afligir tu corazon, quando de ello depende tu corona, tu vida y tu honor. Los Abencerrages conspiran contra tí: Abenhamet, llamado por ellos, ha hablado ya con sus compañe-

ros : nosotros mismos le hemos visto en este instante , baxo un rosal del Generalife , á los pies de tu criminal esposa , teniendo en sus manos el puñal que ha de abrir el corazon de su Rey.

Boabdil queda suspenso y sin aliento ; pero la cólera impetuosa ocupa luego el lugar de la sorpresa : morirán todos , exclama , ninguno quedará de esta infame raza , y mi infiel esposa ha de recibir la muerte sobre sus cáveres.

Véngate, Señor , responde Mofarix ; pero la prudencia debe asegurar la venganza. Si manifiestas tu resentimiento , Granada tomará las armas : los amigos de los Abencerrages los defenderán. Sigue el consejo que me dicta el zelo : que tus guardias prendan á Abenhamet en el Generalife : entre tanto una órden secreta llamará separada-



Real Academia de la Lengua Española - Generalife  
CONSEJERIA DE CULTURA

damente á cada uno de los Abencerrages, y á medida que entren en la Alhambra, caigan al suelo sus cabezas.

Boabdil adopta el horrible consejo: las guardias corren á registrar los jardines, y los emisarios del Rey van á llevar á los Abencerrages la orden de venir al palacio. Los Zegries vienen armados, los soldados toman todas las salidas del Generalife, y los verdugos, puestos en el patio de los Leones, esperan con la cuchilla en la mano á Abenhamet y sus compañeros.

El desgraciado Abenhamet, pensando mas en Zoraida que en sí propio, huía lloroso por las enramadas sombrías, quando los satélites del Rey lo descubren y lo prenden. En vano quiere defenderse, y cargado de cadenas lo llevan ante el Monarca.

Traidor, le dice Boabdil á quien

la cólera apenas dexaba articular las palabras; ahora pagarás tu abominable fingimiento y tus detestables amores. La infame Zoraida te seguirá pronto: pronto se cumplirán vuestros deseos de veros ámbos reunidos, y allá podréis juzgar si sé castigar la perfidia.

Tirano; responde el Abencerrage, la muerte era el único beneficio que deseaba. Ven á beber de mi sangre, y sacia tus feroces ojos en mi espectáculo digno de ti. Pero Zoraida está inocente: lo juro delante del cielo, delante de aquel Dios ante quien voy á verme; jamás la casta... No acabó, y su cabeza cae al suelo saltando tres veces sobre el mármol, repitiendo confusamente el nombre de Zoraida.

Gonzalo al oírlo, lanza un espantoso gemido. Ah! replicó la Princesa, esta muerte solo fué el preludio de los furores de Boabdil. Apenas ha-



bia espirado Abenhamet, quando los Abencerrages llegan sin recelo por diversas partes, é. introducidos uno á uno en el fatal patio de los Leones, al momento que se presentan, los asen, los arrastran á la pila de alabastro. Allí sin hablarles del crimen de que les acusan, sin responder á sus preguntas, sin anunciarles la muerte, vuelan sus cabezas, yendo á manchar las aguas de aquella fuente tan célebre por esta horrible alevosía.

— Mi lengua no puede acabar esta abominable historia: mis miembros se cubren de horror al acordarme de tantos delitos. ¡Gran Dios! — ¡Hasta dónde pueden precipitar á los Reyes la cólera y los funestos consejos! Boabdil, Señor, Boabdil, el hijo de mi virtuoso padre hizo asesinar delante de sus ojos treinta y seis heroicos jóvenes, la esperanza, la defensa de

Granada, que venian de derramar su sangre por salvar la capital, sin más delito que ser compañeros de Abenhamet.

En aquella desastrada noche pereciera toda esta ilustré familia; sin un tierno infante criado por el amor de Yezid, el qual no abandonaba nunca á su Señor, y le siguió hasta el palacio. Aprovechándose de la oscuridad y de la turbación, compañera del delito, entra, y llega con Yezid hasta el patio de los Leones. Apenas habia echado los ojos sobre la sangre de que está inundado, ve dar la muerte á su Señor. El terror le sorprehenle y reprime sus voces: sale con precipitacion horrorizado, bañado en llanto, creyéndose perseguido de la muerte, y corre á refugiarse entre una tropa de Abencerrages, que venian á obedecer las órdenes del Rey.

No os acerqueis, les dice, no os acerqueis, compañeros de Yezid. Yezid, mi Señor, mi dulce amo, delante de mí lo degollaron: esta que veis aquí es su sangre: el Rey, los Zegries, los verdugos, os esperan junto á la pila: mas de treinta están tendidos por el suelo: no os acerqueis, Abencerrages, mirad que han matado á mi amo Yezid.

Los Abencerrages se informan de este testigo fiel, y al traves de sus llantos y gemidos descubren la traicion. Al punto salen en busca de sus compañeros, que iban llegando por todos lados, les dan parte del atentado, se juntan, toman las armas, y penetrados de dolor vuelven con ánimo de reducir á cenizas la Alhambra.

Rompen las primeras puertas, y las guardias caen bañadas en su sangre: corren como tigres furiosos, y llegan al patio fatal.... ¡Qué espec-

táculo! Treinta y seis de los suyos, tendidos sobre el mármol: el Rey y los Zegries en medio de los verdugos, pidiendo todavía mas víctimas; y las cabezas de sus infelices compañeros, amontonadas en la pila, en donde se agitan y nadan entre las ondas de espuma y de sangre.

El horror dexa inmóviles á los Abencerrages: se miran, y despidiendo gritos horribles, se arrojan sobre Boabdil. Los Zegries, superiores en número, iguales en valor, se ponen delante del Monarca. La noticia corre por la ciudad: los Gomeles, amigos de los Zegries, convocan al pueblo en defensa de su Rey: treinta mil Moros armados llegan; y viendo á su Monarca acometido por la terrible raza, ignorantes de su delito, se ponen en su defensa, reuniéndose á los Zegries.

Los desgraciados Abencerrages no pue-

quieren defenderse contra tantos contrarios, y á pesar de sus hazañas y de su valor, después de un largo combate, se ven precisados á dexar el palacio. Cubiertos de heridas, faltos de sangre, perseguidos por los vencedores, cuyo número se aumenta continuamente, los echan fuera de la ciudad; y detestando la ingrata patria, que así trata á sus defensores, se alejan de ella, y juran no volver á entrar.

De esta manera perdimos aquella tribu valiente, y esta noche desastrosa deshonró para siempre á Granada, y quizá preparó su cautividad. Pero el implacable Boabdil solo pensaba en su venganza; su esposa vivia todavía, y habia de experimentar su furor. Las fuerzas me faltan para continuar esta horrible historia; descansad las pocas horas que quedan del día.



## SUMARIO DEL LIBRO IV.º

*La Reyna comparece delante del pueblo. Los quatro Zegries la acusan. Sale condenada á perecer entre las llamas, si algun guerrero no toma su defensa. Estado deplorable de Zoraida. Consejo de Ines. Escribe á Gonzalo. Respuesta de Lara. La Reyna va al suplicio, esperando á sus defensores. Llegan quatro Turcos. Combate de estos con los Zegries. La Reyna queda justificada. Rehusa el volver con Boabdil, y dexa á Granada. Los Españoles se acercan á la ciudad. Muley-Hassem va á aplacar á los Abencerrages. Respuesta de esta tribu. Quien era Alamar amante de Zulema. Fuga de la Princesa. Préndenla los Africanos y líbrala Gonzalo. Concluye Zulema su historia.*

## LIBRO CUARTO.

¡Desgraciada de aquella que, víctima de un deber cruel, se vió precisada á sacrificar una pasión dulce, la esperanza y apoyo de su vida! Después de un sacrificio tan doloroso, pensó que el tiempo remediaría á su flaqueza y tal vez aliviaría sus males. ¡Vana ilusión! El tiempo se detuvo en la época de su infelicidad. Si quiere con el tumulto del mundo distraerse un instante de su largo padecer, quanto ve lo aumenta. Dos esposos felices arrancan sus lágrimas: una madre rodeada de sus hijos oprime su corazón. Si retirada en la soledad hace nuevos esfuerzos para sacar el dardo que la aflige, aumenta inútilmente y ensancha la herida profunda, entregándola totalmente el silencio á sus tris-



tristes recuerdos. La virtud sola es su asilo, y ella es su enemiga: ella la obliga á amar el objeto adorado por quien suspira, y la reprehende por haber faltado á su primer juramento.

Tales eran las tristes reflexiones de Zoraida en el instante en que los Zegries la acusaban á Boabdil. Ignorante de las amargas desdichas que le amenazaban; sola en el balcon de donde se descubria el Generalife, y creia que Abenhamet habia tenido tiempo para ponerse en fuga, por lo que daba gracias al cielo; y sin poder apartar la vista de aquel rosal, testigo fiel de sus conversaciones inocentes; le dirigia estas palabras:

Rosal, Rosal ¿dó está el tiempo  
que me oyó tu sombra amiga  
jurar un amor eterno  
al que el suyo me ofrecia?

Quando en tí fixaba  
la risueña vista

¡con qué amor tus rosas  
su prision cerrada abrían!

Hora, sin amparo

¿qué harán? afligidas  
del pagizo trono  
para siempre caen marchitas.

¡Quántas veces ¡ay! tu tronco

nos, vió en amantes caricias  
darle en cristalinas aguas  
su frescor y hermosa vida!

Arbol infelice  
mi recreo un día  
ya tu solo riego  
serán las lágrimas mías.

Muerte son tus galas:  
¡pluguese á mi dicha  
que, al caer, tus hojas  
cubriésen mi tumba fría!

Al acabar estas palabras, oye á lo lejos ruido de gente, y ve llegar presurosa su esclava Ines, jóven cautiva Española, que la habia servido por mucho tiempo, y confidente de sus penas; y la mas tierna amiga que tenía en su corte. La sangre corre por la Alhambra, le dice Ines con voz

turbada : los Abencerrages acometen y reducen á cenizas el palacio : yo quise llegar al parage en donde se da el combate , pero las guardias cercan vuestro aposento , y nadie puede entrar ni salir. ¿ Qué nuevas desdichas nos amenazan ? A lo ménos , perezca yo á vuestro lado.

El ruido crece , óyense las espadas de los guerreros , los gritos de los Abencerrages y las voces de sus enemigos : la Reyna pálida y yerta cae en los brazos de Ines , sin habla ni fuerzas , y solo puede llorar y estremecerse. Pasó la noche en este horror , y apenas los rayos del dia habian al parecer vuelto el sosiego , los satélites de Boabdil se presentan á Zoraida ; con órden del Rey para que se transfiriese al punto ante la asamblea del pueblo.

Turbada y llena de espanto, les

pregunta la ocasion de aquel mensa-  
ge ; pero los duros ministros guardan  
el silencio. La Reyna obedece al pun-  
to, se apoya sobre su cara Ines , y  
escoltada por los soldados, marcha con  
trémulo paso hácia la plaza. Llega , y  
pasa entre el pueblo , enternecido con  
su aspecto , busca al Rey que al fin  
descubre entre los Zegries , alza el  
velo , y con voz tímida pregunta á su  
bárbaro esposo ; cuál es su delito.

Sabráslo , responde Boabdil con voz  
airada , y , volviéndose al pueblo que  
atento le escucha , Musulmanes , les  
dice , en esta memorable noche , creis-  
teis librar solo mi vida , quando ha-  
beis salvado el estado. Sabed los pér-  
fidios designios de los alevosos Aben-  
cerrages , que acabais de echar fuera  
de vuestros muros. Un vil tratado con  
los Españoles , les habia prometido mi  
cabeza. Vosotros mismos los habeis vis-

to atacarme en el seno de mi palacio,  
y en habiéndome sacado el corazón,  
Granada debía ser pábulo de las llama-  
mas que ardian en sus manos.

La patria os debe su salud: vuestro Rey os pide su honor. Abenhamet, el ingrato á quien mi bondad perdonó la vida, era el asesino, escogido por sus compañeros. Mi esposa criminal era cómplice, y esta misma noche la encontraron con Abenhamet en el Generalife. El pudor no me dexa decir lo demas. Musulmanes, yo acuso á Zoraida delante de vosotros: vosotros vengaréis el ultrage cometido contra la Religion, contra las Leyes, contra vuestro Monarca.

Zoraida enmudece sorprendida y horrorizada. El confuso mormullo del pueblo indica que no la juzga culpada. Entonces se presentan Mofarix, Ali, Sahal, Moctader, quatro de los

mas valientes Zegries , y declaran haber visto á la Reyna entre los brazos de Abenhamet, baxo un rosal del Generalife : todos quatro lo juran , y desnudando los alfanges prometen mantenerlo. Zoraida los escucha , fixa en ellos la vista indignada , levanta los ojos al cielo , y cae sin conocimiento.

Llévanla al palacio , en donde su aposento le sirvió de cárcel. Nombráronse al instante diez Jueces , y el Rey mandó traer ante ellos la cabeza de Abenhamet , el puñal que le encontraron y el vestido de esclavo con que venia disfrazado : funestos indicios, que juntos con el ataque del palacio , la fuga de los Abencerrages , y el testimonio de los temibles Zegries , persuaden ó intimidan. Ninguno se atreve á defender la causa de Zoraida , y la fugitiva piedad del pueblo se desvanece del mismo modo que nació. Las leyes,

los testigos, las pruebas del crimen, fuerzan en fin á los Jueces á pronunciar la horrible sentencia, desterrando para siempre de Granada la tribu de los Abencerrages, y condenando á la Reyna á perecer entre las llamas; si dentro de tres dias no encuentra quienes triunfen de sus acusadores.

El palacio del Albayzin, que mi padre habitaba con su familia, está en la cima de una alta colina distante de la Alhambra. Nosotros fuimos los últimos que supimos tantas desdichas. Almanzor, acusándose la muerte de Abenhamet, vuela al aposento de la Reyna, y pide hablarla. Boabdil no se atrevió á negarlo á Almanzor. Muley-Hassem, Moraima y yo seguimos á mi hermano, y llegamos al punto en que la desgraciada Zoraida oía la sentencia de los Jueces y la muerte de Abenhamet.

No pretendo, Señor, pintaros su lastimoso estado. Tendida sobre el mármol, los ojos desencajados, los cabellos dispersos, el rostro desfigurado, lanzaba sordos gemidos, mal articuladas palabras, que nada tenían del humano acento: las manos y pies, todo el cuerpo, lo agitaba un horrible temblor. La fiel Ines, anegada en llanto, sentada á su lado, sostenía sobre el seno su cabeza, regándola con sus lágrimas, procurando contener sus manos que las convulsiones le arrancaban continuamente. Corrimos á ella; pero apenas nos reconoce. Sin responder ni defenderse de nuestros halagos, se dexa llevar sobre una alfombra, en donde, cercándola todos, la sosteniamos en nuestros brazos. El venerable Muley pone sobre sus blancas canas el rostro de Zoraida, y Almanzor, juntas las manos, la con-



témpla inmóvil y pensativo. Pasó el dia sin que pudiese entender nuestras palabras, y su esclava nos pidió que la dexásemos reposar. Mi hermano, resuelto á cumplir el generoso intento que habia meditado, sale á buscar, en el patio fatal de los Leones, los despojos sangrientos de Abenhamet; y en un valle distante de la ciudad les tributa sus últimos deberes, y oculta en un bosque espeso el sepulcro del desgraciado amante.

Mientras que cumple estos oficios tristes, Muley-Hassem vuelve con Moraima á su palacio, y no obstante las instancias de Ines me quedé á asistir á Zoraida sin desampararla un punto. Ines entónces echándose á mis pies, manifestando en su rostro el regocijo, me dice : vos que tomais tanto interes en la desgraciada suerte de mi Señora, vos que me ayudaríais sin duda, si pu-

pudiese salvar su vida, juradme, por todo lo que sea mas caro á vuestro corazon, que no descubrireis el secreto que voy á confiaros.

Levántola y prometo eterno silencio. Entónces toma mi mano, y juntándola con la de la Reyna, las aprieta ambas contra su corazon y nos dice: oidme, y oxalá aprobeis lo que el cielo me dicta! Dos dias quedan á Zoraida para encontrar quatro guerreros que la defiendan. Sus detestables acusadores, siendo el terror de Granada y los privados del Rey, ningun Moro se atreverá á oponérseles: los mas valientes temerán la cólera de Boabdil y el poder de sus adversarios: Zoraida perecerá, si esperamos su defensa de los Granadinos. Yo soy Española y christiana; conozco los caballeros de mi nacion, y sobre todo conozco á Gonzalo, á cuyo nombre tiemblan

vues-

vuestros exércitos, en quien las virtudes y la humanidad exceden con mucho al valor. La Reyna ha de escribir á Gonzalo, tomando al cielo por testigo de la justicia de su causa, y poniéndola entre sus manos. Gonzalo llegará al momento: solo ó acompañado de otros héroes le vereis triunfar, y dar á mi Señora la vida y el honor que quieren arrebatarle.

Esto dixo la amable Ines: Zoraida la escucha apénas: Dexadme morir, responde, yo deseo y pido la muerte; yo soy la causa de la muerte del hombre mas tierno y virtuoso: Abenhamet feneció por mí; yo deseo, yo quiero seguirle, yo debo.... Debeis salvar vuestra gloria, responde la jóyen cautiva, debeis baxar al sepulcro pura y honrada como habeis vivido. ¿Quereis que vuestra memoria quede manchada de la sospecha de un delito? ¿Quereis que

que acompañe la ignominia vuestros últimos momentos; y el nombre horrible del adulterio empañe la lápida de vuestro sepulcro? Hija de Ibrahim, vuestra es la vida; pero el honor es de Dios, y debéis dar cuenta de él á los hombres. Reconozcan vuestra inocencia, públicamente, respétenla, y luego morid si quereis.

Admirada de estas palabras, pronunciadas con tono fuerte, la Reyna abraza á su cautiva, y se entrega á sus consejos. El temor del deshonor le vuelve las fuerzas perdidas. Examinamos juntas el osado proyecto de Ines y pesamos sus dificultades. La guerra estaba declarada: Isabel y Fernando se acercaban para sitiarnos: Gonzalo no podia llegar á nuestros muros, sin exponerse á sumo riesgo: su brazo terrible quizá no era suficiente contra quatro esforzados Zegries: el

temor de disgustar á sus Reyes detendria á los Castellanos, sin poder encontrar otros tres compañeros que necesitaba. A pesar de estas tristes reflexiones, y de la poca esperanza del socorro, la Reyna aprueba el intento, y aprovechando los instantes preciosos escribe á Gonzalo estas palabras:

“ Vos sois enemigo de los Moros:  
 „ yo soy su desgraciada Reyna, y vengo á implorar vuestro amparo. Hállome condenada á muerte, y pongo por testigo al Dios que adoro y el que vos adorais, que jamas tuve culpa alguna. Dentro de dos dias espiraré entre las llamas. Mi suerte no puede evitarse, sino venciendo quatro Guerreros los mas valientes de los Zegries. Yo he escogido á Gonzalo por defensor mio. Si este héroe se niega, por la primera vez, á socorrer la inocencia, creeré que el  
 „ cie-

«cielo quiere mi muerte, y la sufriré sin quejarme. = Zoraida, Reyna de Granada.»

Cerrada la carta, busco un Cautivo español que el oro puso en libertad, pidiéndole solamente, en prueba de su reconocimiento, el entregarla á Gonzalo, aumentando su zelo, confiándole la importancia del mensaje, é instruyéndole en lo que ha de decir para mover al Castellano. Aquella misma noche lo llevé hasta las puertas de la ciudad, en donde ya le esperaba un caballo, sin dexarle hasta haberle visto tomar el camino del campo de los Christianos.

Vuelvo entónces mas tranquila, aunque siempre con sobresalto, y doy cuenta á la Reyna de lo que habia hecho. Llorosa me abraza, su esclava la consuela, prodigándole tiernas caricias, la anima, examinando el tiempo

que necesita el correo, el que gastará en venir Gonzalo; y segura de que no hay ostáculo que detenga á aquel héroe, nos anuncia, y nos afirma que le veremos en Granada al principio del tercer dia.

El cautivo, fiel á su palabra, llega al campo al despuntar la aurora, y pregunta en alta voz por Gonzalo; pero ¿quál fué su dolor al oír que Gonzalo habia partido de allí? Gonzalo, nombrado Embaxador de Fez, surcaba los mares de Africa. El Español derrama copioso llanto; quejándose al cielo de su suerte. Un soldado movido de su dolor, le exhorta á ver al compañero del héroe; al valiente y generoso Lara. Al punto corre á su tienda, le habla en secreto; le confia lo que habia de decir á Gonzalo, y le entrega la carta que traia.

Lara la abre y, al leerla, su rostro

tro se anima ; sus mexillas se encienden , se inflaman sus ojos : Amigo , dice al cautivo , vuelve al instante á la Reyna ; dile que Gonzalo está ausente , pero que dexó aquí otro Gonzalo. Mañana me verá Granada con tres de mis compañeros. Gonzalo dexa siempre á mi cargo todo el bien que él no puede hacer ; y si su corazon conociera la envidia , solo sería quando yo voy en su lugar á defender á los oprimidos.

Al oír esto , Gonzalo conmovido no puede reprimir su admiracion. La amistad recoge las lágrimas que caen de sus mexillas : Gonzalo pide perdon á la Princesa , y Zulema perdona fácilmente todo lo que prueba que el héroe es sensible.

El cautivo , prosigue diciendo , vino á traer la respuesta de Lara. Vuestros acusadores están vencidos , exclamó Ines : Lara , igual á Gonzalo , La-



ra seria su rival en la gloria, sino fuera su mas fino amigo. Mañana, mañana se descubrirá vuestra inocencia, y obtendrá justa venganza la sangre de los Abencerrages.

La alegría saca de sí á la cautiva: besa las manos de la Reyna, nos cuenta todas las hazañas de Lara, y todos los hechos de armas, que ilustraron á los caballeros de su nacion. La esperanza, que arde en su corazon, se comunica á Zoraida: su llanto cesa, y su alma goza de un instante de reposo, brillando en sus ojos una alegría débil y fugitiva.

La mañana siguiente estaba señalada para el combate. La ciudad entera lloraba á Zoraida; pero ninguno se atrevia á defenderla. Desde la partida de los Abencerrages, no tenían apoyo los infelices. Almanzor vino antes de rayar la aurora: Reyna de Gra-

nada, dice, el dia fatal es llegado. Ni mi diligencia ni mi zelo, os ha encontrado defensores: me avergüenzo por mi patria; pero no por eso dexaré de hacer lo que debo. Yo solo pelearé contra los quatro Zegries: yo solo basto para salvaros, si, como mi corazon lo cree, el Dios del cielo protege la inocencia. Venid, Reyna, declarad que poneis en mis manos vuestra causa; y tú, hermana, si yo perezco, á tí te encargo á Moraima y á Muley-Hassem.

Al oír estas palabras, pronunciadas con el sosiego de un alma grande que cree cumplir un simple deber, Zoraida toma las manos de mi hermano, y con repetidos sollozos le dice: generoso Almanzor, siempre esperé de vos estas nobles demostraciones de heroismo y de bondad; pero seria digna de mi suerte, si por salvar mis tristes dias expusiera los del apoyo de Grana-

da , del hijo único de Muley-Hassem, del tierno esposo de Moraima, del héroe cuyas virtudes desarmarían al Ser Eterno , pronto á castigar esta iniqua ciudad. No, Señor, no, yo debía buscar unos defensores que, después de la victoria , pudieran despreciar la venganza de Boabdil. Estos los encontré; y pronto llegarán. Solo os pido , os conjuro por la suma sensibilidad, que habeis mostrado en mis males , por aquel amor de la justicia , norma eterna de vuestras acciones , que veais con vuestros amigos , con los míos, si todavía me queda alguno , en la seguridad de mis defensores ; para que no tengan que temer dolo alguno , y que la lealtad presida el combate. Perdonad , Señor , estas sospechas : Zoraida puede justamente recelar de los Zegries.

Almanzor maravillado me mira, y

res-

respeto el secreto de la Reyna: prométele guardar el palenque y ser él mismo el juez del campo, y va á prepararse al instante.

En tanto Zoraida ve acercarse la hora, se recoge algunos instantes, y puesta de rodillas ante el Ser Eterno, le dirige una fervorosa súplica, le implora en favor de sus defensores, disponiéndose á parecer en su presencia, si así es su voluntad. Levántase con semblante tranquilo, me da gracias por el consuelo que de mí habia recibido, me habla de su reconocimiento, y pide al Todo-poderoso me haga mas feliz que ella ha vivido.

Miéntas yo enxugaba mis lágrimas, ella vuelta á su cautiva le presenta un cofrecillo en donde estaban sus joyas: cara mia, le dice, recibe, delante de Zulema, la libertad y estos tristes presentes, vestigios únicos de mi fatal



Real Academia de Ciencias y Artes de Sevilla y Generalife  
 CONSEJERIA DE CULTURA  
 JUNTA DE ANDALUCIA

grandeza : acéptalos , fiel Ines , como la última prueba de mi ternura , y el único beneficio que puede hacerte tu Reyna. Si el cielo ha resuelto mi muerte , ellos traerán á tu memoria á Zoraida , en tu patria te facilitarán un retiro pacífico , en donde alguna vez pensarás en mí. Sobre todo modera el dolor. El único poder que conservo sobre tí , es para mandarte que vivas , para pedirte que te acuerdes que solo á tu tierno zelo , á tu fina amistad , debí los únicos momentos dulces que pasé.

Al acabar estas palabras la abraza: Ines se echa á sus pies , estrecha sus rodillas , é inunda en llanto á su Señora. Yo reprimo mis sollozos y las separo , dando fin á una escena tan tierna , capaz de agotar las fuerzas que tanto necesitabamos. Zoraida penetra mi pensamiento , lo aprueba con sus miradas , dexa los brazos de Ines que

que la sigue afligida, y entra á ponerse un vestido de luto. Un espeso velo oculta su rostro, y un manto negro la cubre hasta los pies. La cautiva y yo, resueltas á acompañarla, nos ponemos igualmente el lúgubre vestido, y esperamos en silencio que vengan á buscarnos las guardias.

Llegan en fin, precedidas de los Jueces. La Reyna los recibe con respeto; sin afectar una tranquilidad que podía parecer orgullo, ni mostrar el abatimiento que solo conviene á los delinquentes. Síguelos y sube en el carro; yo me coloco á su lado, Ines se pone á sus pies. Seis caballos, cubiertos de fúnebres velos, nos conducen lentamente á la plaza, llena de un gentío inmenso. En ella estaba preparado un gran palenque circundado de barreras: cerca estaba el cadalso cubierto de negro: mas allá se veia una hoguera. A

su vista, la Reyna trémula cayera desfallecida en mis brazos ; pero Ines la sostiene, y, recogiendo todas sus fuerzas, llega en fin al cadalso, siéntase sobre los lúgubres asientos que estaban preparados, estrechando mis manos entre las suyas, suplicándome con voz baxa que no la abandonase. Las lágrimas ahogaban mi voz, sin dexarme responderle.

Los Jueces leen la sentencia, los gemidos del pueblo se escuchan al oirla, y al son de las trompetas aparecen el terrible Alí, Mofarix, Sahal, Mochtader, montados sobre soberbios Caballos, vestidos de resplandecientes armas, atravesando la multitud, mirándola con ojos feroces ; pero al llegar delante de la Reyna, apartan ó baxan la vista. Zoraida los mira y se acerca mas á mí. Los Zegries entran en el palenque, mi hermano sale entónces cubier-

bierto de una coraza brillante , acompañado de una tropa de Alabeces armados , cierra la barrera , y lo proclaman Guarda del campo.

Los Imanes , el pueblo , los Jueces , conservan profundo silencio. Inmóviles todos en sus lugares , puestos los ojos en Zoraida , en los Zegries , en la hoguera , esperan impacientes los defensores de la que excita la compasion universal , y la dexan perecer. La Reyna cuenta los instantes , vuelve la vista hácia la puerta de España , y no viendo venir á ninguno , mira á Ines y suspira. Ines pálida , atenta , acongojada , teme ya que algun desgraciado accidente haya detenido al valeroso Lara. El tiempo vuela , el relox suena , y cada vez que se oye , se levantan los Jueces , van á los quatro lados de la plaza , preguntando , en voz alta , por los defensores de la Reyna , volviendo



á sentarse en medio del lúgubre silencio. Cinco veces repitiéron su demanda, y cinco quedó sin respuesta. Al manzor me mira lleno de horror, va, vuelve, marcha, se inquieta, manda traer su caballo, pide su lanza: tres veces va á abrirse la barrera á sí propio; tres veces se detiene, escucha; y me muestra con los ojos el sol cercano al horizonte.

Las cinco habian ya dado, quando al extremo de la plaza, opuesto á la puerta de España, se oye ruido de Caballos, que excita los clamores del pueblo. Abre el paso la multitud, y entran quatro Guerreros, puestos á la turca, con vestidos y armas de Asia, montados sobre ligeros Caballos. El uno entraba apénas en la adolescencia, los otros dos estaban en la flor de su edad; y el último, mostrando en su blanca barba sus largos años; sostenia

nia

nia un fuerte escudo, que manejaba sin pesarle. Páranse delante de Zoraida, salúdanla respetuosamente, y aquel que parecia el Xefe se echa con ligereza al suelo, y pide á los Jueces, en lengua turca, licencia para hablar á la Reyna. Almanzor le observa atentamente, y le dice se explique en Árabe. El Guerrero lo executa, y mi hermano, de órden de los Jueces, lo conduce al cadalso, en donde el Extranjero arrodillado delante de Zoraida, alza la voz y dice:

Reyna, nosotros somos vasallos del invicto Monarca que rige dentro de los muros de Stambol, que íbamos á Tunez á llevar las órdenes de su Alteza. Una tempestad nos arrojó sobre estas costas, en donde la fama nos ha instruido de que vas á padecer horrible muerte, víctima de la calumnia. Acepta el socorro que te envia el cielo: digna-

nate de confiarnos tu causa; que toda nuestra sangre, derramada por tí, hará ver tal vez á Granada, que los Asiáticos saben vencer ó morir por defender la virtud.

En diciendo esto, el aplauso general se escucha, y el Guerrero de oriente se inclina hasta la tierra, cruza los brazos sobre el pecho, y dexa caer á los pies de la Reyna la carta que escribió á Gonzalo. Ines toma el papel, lo reconoce al punto, y, sin poder casi reprimir su alegría, dice con voz baxa: este es Lara, estos son nuestros amigos. Lara la oye, da una mirada, y acaba así de convencer á la Reyna, la que disimulando el contento le dice: yo os acepto y os miro como enviados del mismo Dios, y pido á él que espere al instante, si vais á defender un delinquente.

El Guerrero se alza, mi hermano  
le

le guía ; y manda abrir la barrera. El Turco , montado sobre su Caballo, blandiendo la lanza terrible, y seguido de sus tres compañeros , entra en el palenque y vuélvelo á cerrar Almanzor.

Los quatro valientes caballeros eran el invicto Lara , el jóven Fernan Cortes , digno discípulo de Gonzalo , el animoso Aguilar , pariente de este héroe, y el venerable Tellez, Gran Maestro de Calátrava. Lara los habia elegido

para asociarlos á su noble empresa, y temerosos todos de que Fernando se opusiese á sus intentos, habian salido del ejército en secreto. El parecer de Tellez les hizo disfrazarse en Turcos , habiéndolo de ir á una ciudad enemiga , en que el derecho de la guerra podia hacerlos prisioneros. El tiempo necesario para estos preparativos , el rodeo que habian tomado para llegar  
por

por el lado de Murcia, habían causado su retardo.

Los ocho Guerreros están ya en el palenque, midiéndose con los ojos; exâminándose algunos instantes para elegir sus adversarios. Lara se pone delante de Alí, el más formidable á su parecer; el anciano Tellez delante de Mofarix, autor de la abominable calumnia; Aguilar se encara con Sahal, y Cortes con Moctader. Dase la señal, los ocho combatientes se abanzan.

En el primer choque, ninguno cae por tierra; pero el Caballo de Cortes recibe una herida mortal, y, conociendo su desfallecimiento se echa prontamente al suelo; cúbrese con el escudo y espera con la espada en la mano, á su enemigo que, aprovechándose del acaso, vuelve para atropellarle. Cortes se retira con ligereza, y envayna la espada en el vientre del caballo. Moc-

tader cae , va á levantarse y ya está herido , aumentando su furor la sangre que derrama. El jóven Español, ménos robusto que el Moro , procura evitar los golpes , se retira , huye al parecer para que Moctader persiguiéndole se fatigue , pierda el vigor , y le entregue al fin la victoria.

En este tiempo, el valeroso Aguilar habia hendido la cabeza de Sahal. Con ánimo sereno, cerca de su víctima, tiende la vista hácia sus compañeros , y ve al venerable Tellez , debilitado con dos heridas profundas, acosado de Mofarix, que levanta el sable para herirle. Aguilar despide un grito terrible : Mofarix vuelve la cara , Tellez se aprovecha de este movimiento , y hiere á Mofarix por debaxo del brazo. El Zegrí cae, el anciano se arroja sobre él, le vuelve á herir , le desarma, dexándole de propósito algunos instantes

tes de vida. En este punto, Cortes perseguido se para delante de Moctader, le presenta el filo de la espada, y le pasa la punta por las entrañas, cerrando sus ojos eterno sueño.

Pero el formidable Alí sostenia un combate mas igual contra el magnánimo Lara. A los primeros golpes, habian volado por el ayre los cascos y los petos. Las heridas les inflaman la cólera, y, no pudiendo desde sus ligeros caballos, descargar sus golpes tan cerca como quisieran, se echan al suelo á un mismo tiempo, y se atacan mas enfurecidos. La victoria estaba dudosa todavía, el pueblo guardaba profundo silencio, Zoraida, Ines y yo, los contemplabamos pavorosas, quando Alí, turbado á la vista de sus compañeros inmolados, sintió debilitarse su valor. Lara cobra nuevo ardor, é indignado de ser el último en triunfar,

para con el sable los tajos que amenazan su cabeza, saca con la mano izquierda el puñal, se arroja á su enemigo, lo aprieta entre sus fornidos brazos, le mete dos veces el acero en el pecho, y lo arroja sobre el polvo.

El pueblo prorumpe en alegres aclamaciones, y la Reyna se desvanece en nuestros brazos. Miéntras nosotros procuramos volverla á la vida, Almanzor corre, abraza á los vencedores, y les ofrece su palacio para descansar.

Príncipe, le dice el anciano Tellez, mostrándole á Mofarix cerca de espirar; haced llevar ese Zegrí delante de los Jueces, que quizás tocado del arrepentimiento confesará su delito, dando honor á la verdad. Mofarix lo oye, abre los ojos, los Jueces se acercan, y dice: yo he merecido mi suerte: Zoraida estaba inocente: Abenhamet solo pretendia morir á sus pies. Su conver-



sacion funesta no fué criminal : el Dios del cielo me perdone; y los Zegries, aprovechándose de este exemplo terrible.... No acabó y la dura Parca lo arrebató. Los Jueces publican su última confesion.

Los quatro vencedores se disponen para volverse; y sin embargo de sus heridas, no obstante los ruegos de Almanzor, saludan á la Reyna, cuyas lágrimas manifiestan su reconocimiento, y, cubiertos de sangre y de gloria, admirados y bendecidos por el pueblo, se encaminan por donde viniéron, acompañándolos Almanzor y los Alabeces hasta las puertas. Allí los dexan los quatro Españoles, y marchan á la espesa selva, en donde les esperaba la gente de su séquito.

Boabdil, sabedor del suceso y de la tarda confesion del Zegrí, viene á la plaza, y sube al cadalso. Zoraida lo

lo descubre, se estremece; aparta la vista y cae en nuestros brazos. Boabdil, arrodillado delante de ella, implora el perdón de tantos ultrages, jurando repararlos con eterno respeto, y le súplica que venga á la Alhambra á reynar sobre su pueblo y sobre él mismo.

Al oír esto, la indignacion vuelve á Zoraida las fuerzas. ¿Qué osas proponer? le dice: Dios y este pueblo son testigos de que me has entregado á la ignominia; de que me has condenado á muerte. El cielo descubrió mi inocencia: la ignominia ya no la temo; pero si he de vivir baxo tu poder, si he de volver á las manos de un verdugo, pronta estoy, que enciendan esa hoguera: yo renuncio el triste beneficio, debido á esos extrangeros. Granadinos, entregadme á las llamas, ó libradme de este tirano.

Dixo, y óyense en todas partes los clamores, gritando que la Reyna está libre, que los lazos del himeneo se rompieron. Los Jueces y los áncianos se acercan, y declaran á Boabdil que Zoraida libertada del suplicio, murió para su esposo. El monstruo guarda el silencio, sin atreverse á irritar á sus vasallos, temiendo ofender las leyes que tantas veces habian ócultado sus delitos. Forzado por la primera vez á refrenar su cólera, va á ocultar en la Alhambra su despecho, sin poder desvanecer los remordimientos.

Zoraida lo conoce y quiere al instante salir de Granada. Almanzor le ofrece su carro, y con los Alabeces la acompaña hasta Cártama, en cuya ciudad se habian refugiado los desgraciados compañeros de Abenhamet. En habiéndola puesto entre sus manos, vuelve Almanzor y nos avisa que, á dos millas

Has de nuestras murallas, se hallaban los Españoles.

El común peligro apagó los odios. Los Alabeces y Almoradies, olvidando sus resentimientos, se reunen á los Zegries, y todas las tribus reconciliadas van á jurar á Boabdil de morir por la patria: mi hermano, nombrado General, prepara la defensa mas terrible: el venerable Muley, pensando solo en salvar el imperio, abraza las rodillas de su hijo, y le suplica que repare la injusticia hecha á los Abencerrages, llamándolos á nuestros muros.

El temor obligó á Boabdil á consentirlo, nombrando los Embaxadores que habian de llevar á la tribu valiente las disculpas y los presentes del Rey, convidándolos á volver á tomar posesion de sus bienes, sus empleos y sus dignidades. Mi padre se encargó en persona de ser el xefe de los

(196)

enviados. Parte, llega á Cártama, junta la noble familia que, á su vista, manifiesta la alegría y el amor. Muley se humilla por Boabdil hasta los ruegos mas sumisos, se lastima de la triste suerte de los Reyes, rodeados de engañosos adadores, disculpa la cortedad de su hijo, les habla del riesgo en que se ve la Religion, las Leyes, la Patria, y emplea en favor de un ingrato aquella eloqüencia del alma, único arte que sea lícito á la virtud,

En acabando su discurso, Zeir, nuevo Capitan de los Abencerrages, recoge los votos de sus compañeros, y se encarga de responder en nombre de todos. Rey de Granada, le dice, pues nosotros solo á tí reconocemos por Rey, en este punto acabas de recibir la prueba mas patente de respeto, la mas difícil á nuestros corazones: todos te hemos escuchado hasta el fin: óyenos

aho-

ahora á nosotros. Todos estamos prontos á morir por la Religion y por tí; pero si hubiera un Abencerrage tan indigno, tan vil, que perdonase á Boabdil, le inmolaríamos al momento. Boabdil.... ¡Gran Dios! su nombre solo excita nuestro furor. Muley, no vuelvas á pronunciarlo, y procura no recordarnos que tú fuiste tan desgraciado, que diste el ser á ese monstruo.

Pero los Tiranos pasan y la Patria queda. La Patria está en peligro: todos pereceremos por defenderla. Cártama es nuestra: nosotros sabremos conservar esta plaza inexpugnable: en ella viviremos independientes, y muchas veces saldremos para ir á pelear debajo de vuestros muros, y derramar nuestra sangre en defensa de nuestros asesinos. No pidas mas, Muley: jamas los Abencerrages entrarán en Granada,

miéntras Boabdil infecte el ayre que allí se respira.

Así habló Zeir: sus compañeros lo aplauden, apartando, llenos de horror, los presentes que les traían, y mandan á los Embaxadores que salgan al punto de la ciudad. Muley resiste á las tiernas instancias con que quieren detenerle, y vuelve á dar al Rey la respuesta de la soberbia tribu. Yo pregunto por Zoraida; pero ya no estaba en Cártama, y acompañada de Ines, habia desaparecido. La inquietud fatigó mi corazón; y las lágrimas corrieron de mis ojos. Mas: ¡ay! cuán pronto debia yo llorar mis desdichas!

Boabdil habia enviado por toda el África á solicitar el socorro. Las tribus errantes de los Bereberes, pueblos pastores del pie del Atlas, enviaron seis mil hombres de á caballo, capitaneados por el jóven Ismael y su esposa

Zora, amantes felices y amables, cuyas costumbres dulces y puras, cuya union tierna deberia servir de exemplo á todos los mortales. Acompañábalos el Príncipe Alamar, famoso en Etiopia por su valor y fortaleza, el qual acudió con diez mil negros á defender nuestros muros. Boabdil le recibió como á su Dios tutelar, prodigándole caricias y promesas, y la conformidad de los genios los unió muy pronto con estrecha amistad.

Yo tuve la desgracia de agradar al feroz Alamar. Incapaz de aquel respeto tierno, de aquella tímida delicadeza, que hacen contagioso el amor, el temerario Africano osó declararme sus deseos. Alamar no nació para que le perdonasen tanta audacia: los ojos ardientes y feroces, su agigantada estatura, el negro rostro, solo podian inspirar el horror. Me estremezco al



oirlo; y su valor sanguinario, despreciando el cielo y los hombres, habia excitado en mi alma una aversion insuperable. Respondíle con la fiera que convenia á mi nacimiento, y sobre todo á mis sentimientos, procurando no ofender al aliado de mi patria, el temible amigo de Boabdil.

Por este tiempo la Reyna Isabel, despues de haber reunido su ejército al de Fernando, sentó su campo delante de nuestros muros, anunciándonos que habia resuelto percer ó tomar á Granada. La respuesta de Boabdil fué enviar el Príncipe Africano á atacar el campo Español. Alamar llevó el terror hasta la tienda de la Reyna, venció quantos guerreros se le opusieron, hizo una matanza horrible de Christianos, y volvió glorioso pidiendo á Boabdil mi mano en premio de su victoria. Boabdil se la concede

gustoso, y trae él mismo al Africano al palacio de mi padre; declara al infeliz Muley que ha prometido su hija; diciéndome que al dia siguiente seré esposa de Alamar.

Mi padre no tenia autoridad para defenderme: Almanzor se hallaba en las Alpujarras juntando tropas. Sin mas apoyo ni mas auxilio que mis lágrimas, inútiles con mis tiranos, mi unica esperanza era mi valor, y la desesperacion me dictó lo que habia de hacer.

Busco á la jóven Zora, aquella valiente amazona, venida con los Berberes á defender nuestra patria. Desde los primeros dias, sentia al verla aquella inclinacion involuntaria que nos inspira la virtud. Zora conocia y se lastimaba de mis desdichas: ella aborrecia á Alamar. Confíome á su zelo, pidiéndole su socorro, y la pido.

dosa extráñgera dispuso mi fuga, mandó que me acompañasen treinta de sus valerosos Numidas, les tomó juramento de defenderme, de morir ántes de abandonarme, y, fiada en su fidelidad, me abrió, en el silencio y oscuridad, la puerta que custodiaba. Salgo de Granada, rodeada de mi escolta, sin saber todavía á donde guiaría mis pasos. La ciudad de los Abencerrages era el asilo más seguro; pero su xefe Zeir y dos de sus hermanos suspiraban por mí, y yo no quería confiar mi vida á mis amantes, aun siendo virtuosos. El palacio solitario de Máíaga, que mi padre Muley-Hassem me habia dado en otro tiempo, me pareció que podría ocultar mis dias á las pesquisas de Alamar, y desde allí instruir á mi hermano de la violencia que se hacia á mi voluntad. Tomo pues este camino, andando solo de noche, de miedo de ser

ser sorprendida , rogando al cielo que me librase de caer en manos de mi enemigo.

Mis ruegos fueron vanos; pues apenas habia llegado á las orillas del mar , quando me ví cercada del esquadron de Alamar. Los valerosos Bereberes se oponen y me defienden ; pero el número los vence , los asesina, ó los carga de cadenas. El Capitan de los horribles negros me lleva desmayada á una nave , que le esperaba no léjos de la orilla, y me anuncia que su Señor , queriendo asegurar su esposa, mandaba me llevasen á sus estados.

Mis desdichas habian llegado al colmo, y solo la muerte podia librarme de la suerte infeliz que me aguardaba. Yo quise buscarla en las olas , durante la tempestad , pero los soldados me ataron al mastil de la nave. Lo demas ya lo sabeis : vuestro valor sobre humano me

salvó de aquellos bárbaros, pero mi desgracia nos ha traído á los estados de Boabdil. Los peligros, que me amenazan, me estremecen; sin embargo no sé qué secreto consuelo siento dentro de mí, quando pienso que vos me defendeis.

Así acabó la hermosa Zulema, y Gonzalo, gozoso de haberla oído, apenas puede contener su alegría. Agitado de pensamientos varios, entrega su alma á la esperanza, á la tristeza y al temor, y Zulema le dexa enagenado en sus sentimientos.

**FIN DEL LIBRO IV.**

## SUMARIO DEL LIBRO Vº



*Impresion que hace en Gonzalo la narracion de Zulema. Situacion de los dos amantes. Las heridas detienen á Gonzalo. Continúase el sitio de Granada. Preparativos de Fernando. Fiestas que da Isabel al ejército. Sueño y terror de Moraima. Vigilancia de Alamar. Almanzor parte con Alamar para sorprender á los Christianos durante la noche. Ataque é incendio del campo de Isabel. Hazañas de Alamar y Almanzor. Muerte del Príncipe de Portugal, y desolacion de su esposa. Almanzor no quiere entrar en Granada, y planta su campo enfrente de los Christianos. Pavor de los Españoles. Discurso religioso de Isabel para animar las tropas.*

## LIBRO QUINTO.

**T**uernos corazones que sabéis amar, y vosotros no habéis olvidado aquel día, en que el objeto de vuestra ternura os hizo palpar por la primera vez. El placer dulce, el sentimiento delicioso que os poseía, lo turbaba el temor de que un rival más dichoso se hubiese anticipado; y que otros lazos encadenasen á la que pretendiais agradar. Tan hermosa, tan llena de virtudes, os parecia que mortal ninguno la viera sin inflamarse su corazón. Antes de osar decirle lo que vuestra turbacion habia ya publicado; quantos eran vuestros esfuerzos para descubrir; llenos de susto, su interior! Una palabra os atemorizaba; una mirada os traia pensativos; y luego que, con repetidos rodeos y discursos va-  
 gos,

gos, descubristeis que su alma libre y pacífica no conocía dueño ninguno, y que podiais aspirar á la dicha, á la felicidad suprema de gozar del primer amor.... ¡ah! tierno amante, recuerda lo que entónces sentiste, y consagra los dias que te quedan á gozar de tan dulce instante.

Gonzalo gozaba de esta felicidad. La Princesa Moña hablando de la aversion que tenia al feroz Alamar, refiriéndole la historia de su vida, le habia manifestado no haber conocido el amor. Gonzalo abre su pecho á la esperanza; y poseído continuamente de sus discursos, los tiene siempre en la memoria; y en el silencio de la noche, ve y escucha á Zulema. La imagen del Africano, que osaba aspirar á su afecto, irritaba su furor, y le encendia en deseos de hallarse delante de Granada, de ver, de encontrar  
 aquel



aquel famoso Guerrero, de vencerle, y castigar su audacia criminal. Su corazón se admiraba de conocer el odio, y la cólera contra Alamar le movia á desear el dexar prontamente el objeto de su cariño. Mas otros pensamientos mas dulces, aunque igualmente tiernos, agitaban á la jóven Princesa. Cierta del amor de aquel extrangero, sin haber osado desearlo, resuelta á consagrarle su vida, sin confesar que le amaba, forma el designio de volver con él á la casa de su padre, creyendo que á su lado nada tenia que temer. Muley, Almanzor, Boabdil, el mismo Alamar, todo el pueblo Moró, respetaria, ó temeria aquel héroe: su valor podia libertar á Granada, y la hija de Muley-Hassem era la única recompensa digna de tantas virtudes. Tales eran las chimeras que alimentaban á Zule-

ma ; pero cómo las heridas de Gonzalo le habian de detener mucho tiempo, la Princesa envia secretamente un esclavo para advertir á Muley-Hassem del lugar que habita ; y miéntras vuelve el mensajero fiel , emplea todos sus momentos en cuidar de su libertador, atenta siempre á los progresos de la cura , siempre á su lado , llenando de dulzura , con sus discursos , la soledad grata á ámbos.

Miénttras corre el tiempo necesario para recuperarse Gonzalo de sus perdidas fuerzas , el ejército Español delante de Granada se queja de la ausencia de su héroe , y humillado con las hazañas de Alamar , arde por vengarse. Los jóvenes Guerreros , Guzman , Cortes , el Príncipe de Portugal , los Soldados , los Capitanes , piden á voces el asalto ; pero Fernando no está todavía dispuesto , y se opone á sus

sus deseos. Granada rodeada de mil torres, demasiado espaciosa para el bloqueo, comunica por la parte del oriente con las Alpujarras, en cuyas montañas encuentra víveres y soldados. Cártama por el medio día, edificada sobre inaccesibles rocas, guardada por los Abencerrages, inquieta á los Españoles. El pueblo inmenso y belicoso, los aliados numerosos y valientes, defienden la ciudad, y el ánimo fogoso de Alamar, el tranquilo valor de Almanzor, preparan la resistencia de que solo el tiempo puede triunfar.

El Rey de Aragon, instruido por su padre en sus largas guerras contra los Franceses, envia destacamentos á las Alpujarras para sorprehender é interceptar los socorros, cortando toda comunicacion, para que el hambre pelce por él. Su penetracion se extiende

de mas allá de estos límites, é instruido en el arte terrible que pone el rayo en las manos del hombre, y hace inútiles la fortaleza y la astucia; Fernando abre estrechos subterráneos hasta los muros de Granada, en donde el salitre y azufre inflamados, hagan volar por el ayre las fuertes torres, abriendo á los sitiadores ancha y fácil entrada. Empléanse todos los preparativos, todas las máquinas que inventó la Guerra; pero para asegurar el instante, es fuerza suspender la ejecución. Aguilar alaba su prudencia, el anciano Tellez aprueba su lentitud, y el intrépido Lara da á entender, con su silencio, que no se puede vencer sin su amigo.

En esta larga inaccion, capaz de desalentar al ejército, Isabel procura, con juegos guerreros, distraer la ardiente juventud. La gran Reyna co-

noce quanto aumenta el valor del Español: la presencia del objeto amado, y sabiendo que, en su Nacion, el amor, el ardiente amor, es el mas fuerte incentivo de la gloria, quiso que la siguiesen las damas de su corte, viéndose en su campo las mas hermosas Castellanas. Blanca de Medina-Celi, Leonor de la Cerda, Serafina de Mendoza, Leocadia de Fernan-Nuñez, y otras muchas bellezas, ídolo cada una de un héroe, rodean á la Reyna, compitiendo unas con otras en gracia y hermosura; pero entre todas sobresale la Princesa de Portugal, hija de Isabel, gloriosa de su nombre, digna de él por sus amables prendas, y aun mas por sus virtudes. Adorada del dichoso Alfonso que acaba de recibir su fe, la tierna Princesa solo piensa en reprimir el valor imprudente de su esposo. Zeloso de la fama de Almanzor,

honor y columna de Granada, Alfonso manifiesta sus deseos de medirse con él. Su esposa atemorizada no osa disuadirle, pero un fatal presentimiento arranca en secreto sus lágrimas, causándole espanto el nombre solo de Almanzor.

En medio del campo hay un espacioso circo, rodeado de innumerables gradas, en donde la augusta Reyna, diestra en el arte dulce de ganar los corazones de su pueblo facilitándole sus placeres, convida á sus guerreros al espectáculo mas grato á los Españoles. Allí la juventud, deponiendo sus corazas, con un sencillo vestido de seda y una lanza en la mano, sobre veloces Caballos, viene á atacar y vencer á los toros salvages. Otros á pie, en una mano un velo carmesí, en la otra una aguda flecha, esperan al feroz animal. Los Reyes, rodeados de su corte,

te, presiden á los juegos, y el ejército entero ocupa el anfiteatro, mostrando con alegres voces y aclamaciones repetidas, su amor excesivo á estos antiguos combates.

Las trompetas suenan; la barrera se abre; el toro sale precipitado, y al ruido de los instrumentos, á los gritos, á la vista de los espectadores, se para inquieto y turbado, mirando hácia todas partes, mostrando la sorpresa y el furor que le dominan: acomete á un caballo; y el caballero le hiere, huyendo veloz al otro lado: el toro irritado le sigue, escarba la tierra con ámbas manos, y arremete al velo purpúreo que le presenta un luchador á pie; pero el diestro jóven, huye el cuerpo, enreda entre sus astas el velo ligero, y le clava una flecha aguda, corriendo de nuevo la sangre. Herido de tantas lanzas, y de tantas flechas,

cuyas puntas corvas no las dexan caer; el animal salta sobre la arena, lanza rúgidos horribles, corre agitado por el circo, sacude las numerosas flechas clavadas en el cuello, vuelan los pedazos sangrientos de púrpura; los rios de espuma enrojecida, y cae en fin cediendo á los esfuerzos, á la cólera y al dolor.

En uno de estos combates; el temerario Hernán Cortes se vió cerca de perder una vida, destinada á hazañas tan memorables. Deseoso de agradar á la hermosa Serafina de Mendoza, montado sobre un caballo cordobés, heria y huía de un toro furioso. El amante sin hacer caso del peligro en que está; miraba la belleza que adoraba; al tiempo que ve caer en la arena el ramo de azahar, que adornaba su seno. Cortes se arroja al suelo; corre; se baxa, vuella el toro y va á embestir al impru-



dente amante ; un grito de Serafina le advierte del peligro, Cortes recoge la flor , dirige su lanza con pulso seguro á la espalda del animal , y lo dexa espirando sobre la arena. Óyese el universal aplauso, é Isabel quiere coronar á Cortes , quien , rehusando la corona , enseña la flor preciosa , que pagara con la vida , la llega á su boca, la pone sobre su corazon , rompe la lanza y sale del circo.

De esta manera se pasaban los dias, y apenas la noche tendia su manto bordado de estrellas, las hachas encendidas reflexadas por el cristal, iluminaban las suntuosas tiendas de la Reyna. Las bellezas de la corte, cubiertas de oro y piedras preciosas, sin mas adorno en las cabezas que sus cabellos largos y esparcidos , dexan en medio un vasto espacio, en donde los instrumentos llaman á la juventud guererra.

Vie-

Vienen todos vestidos ricamente, cubiertos de una exquisita y corta capa, sostenida con gracia por un gancho de oro, el sombrero redondo coronado de plumas atadas con un lazo de diamantes, los cabellos ensortijados caen sobre sus espaldas, y el ligero bello de évano, que dexan crecer encima de los labios, aumenta la gracia de sus rostros dulces y guerreros.

Cada uno ofrece la mano á la que prefiere su corazón: los instrumentos suenan, y en una danza noble y mesurada, en que la gravedad no quita nada al placer, y la decencia aumenta la gracia, los dos amantes excitan la atención de todos sin mirar más que á sí mismos. Luego otros nuevos sonos se oyen, y todos se mezclan, se juntan, se separan, vuelven con precipitación al lugar que habian dexado, huyen otra vez para volver de nuevo,

pin-



JUNTA DE ANDALUCÍA

B. C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

pintando con sus movimientos la alegría, la tierna sorpresa y la dulce languidez del amor.

Luego que la severa Isabel daba fin á estas diversiones, y las bellas jóvenes, retiradas en sus asilos, consagraban á las tiernas memorias las horas destinadas al sueño, sus amantes, que igualmente velaban, vagan al rededor de la tienda feliz que encierra el objeto de sus amores. En una de estas noches quando el silencio reynaba en todo el campo, convidando la oscuridad al reposo, sin oirse mas que las quejas de los pechos amorosos, Almanzor rendido á las fatigas continuas del dia, gozaba, al lado de Moraima, de la dulzura del tranquilo sueño, sin conocer su alma intrépida otras pasiones, que la gloria y su esposa. Despues de consumir el dia en reconocer las murallas, fortificar los puestos,

ani..

animar con su exemplo á los soldados; volvia con las sombras de la noche á ver á la solitaria Moraima, á calmar sus inquietudes, y buscar entre sus brazos la recompensa pura, que da el casto amor á la virtud.

Mientras que en lo mas recóndito de su palacio, reposan ámbos en un lecho de púrpura, Moraima lanza un grito horrible, despertándose bañada en sus lágrimas; y turbada, falta de aliento, se arroja en los brazos de Almanzor, le estrecha contra su corazon, inundándolo con su llanto.

Cara esposa, le dice el héroe, ¿de donde viene este imprevisto terror? ¿Qué te espanta? Aquí estoy yo, tierna Moraima: mio es este corazon contra quien palpita el tuyo: tu Almanzor es quien te habla, quien te guarda, quien te defiende.

¡Ah! esposo mio, responde, ¡qué hor-

horrible sueño me llena de terror! Yo ví... me falta el aliento : mis fuerzas me abandonan.... Yo andaba por esa espaciosa llanura que nos separa de nuestros enemigos, quando ámbos ejércitos estaban á la vista : los Moros circundaban nuestros muros.... Yo te ví, despidiendo luz resplandeciente del fuego del acero, adelantarte solo, desafiar y pelear con Gonzalo. Yo te ví vencedor, pero cubierto de un velo que te ocultaba entre sus negros dobleces. Nadie se atrevia á acercarse á tí : yo corro á encontrarte, voy á echarte mis débiles brazos, el velo se extiende sobre mi cabeza, y ámbos caemos en un lago de sangre.... ¡Ah! esposo mio! ¡amado mio! bien sé que no puedo intimidar tu alma grande; pero te pido, te suplico que te acuerdes que no hay mas que tú en el universo para Moraima. Mi familia toda ha perecido, mi pa-

padre y mis hermanos cediéron al poder de Boabdil, el dolor ahogó á mi madre, los Abencerrages que quedan están desterrados de Granada : todo lo he sufrido : el cielo me dexaba á Almanzor y he vivido. En tí he reunido todos los amores que habia perdido: tú has heredado de mi corazón todos los sentimientos que conoció. ¿Querrás quitarme el único bien, que me dexó el destino? ¿Querrás condenar tu Moraima? Moraima moriria al instante ; espiraria del mayor , del mas horrible suplicio. Apiádate de mí , Almanzor valeroso , prométeme no salir de nuestros muros , ciñéndote á defender estas torres que no tienen mas apoyo que tu brazo ; prométe no abandonar á tu esposa, tu Moraima, yendo á prodigar tus dias en esa fatal llanura , en defensa del pérfido Rey, que detesta tus virtudes, y tal vez te en-

tre-

tregará al verdugo así que hayas salvado su imperio.

Moraima, responde Almanzor sin poder detener las lágrimas, tú me eres mas cara que la vida; pero mi deber lo es todavía mas. Conozco bien á Boabdil, ni tú ignoras que tengo siempre un medio terrible de librarme de su furor, en el tósigo que encierra esta sortija, Yo no peleo por ese monstruo, sino por mi Religion, por mi patria, por dexar sobre mi sepulcro un nombre que sirva á mi esposa de respeto. ¡Ó esposa digna y fiel! no intentes hacer titubear mi virtud; tú sola la criaste en mi alma, tú la alimentaste con santos exemplos, tú la hermo seas con tu puro atractivo. Para dexar de amarla, habia de dexar de adorarte. Sosiégate, Moraima: yo no pretendo salir de nuestros muros, quando el interes de mi Nacion me lo prohíbe: contigo  
que-

quedo, con aquella que, con una mirada, con una palabra, me recompensa de todas mis fatigas. Enxuga tus lágrimas: el Dios de los combates dará fin pronto á nuestras miserias. Tal vez mis esfuerzos obtendrán una paz feliz. ¡Qué gloria, que felicidad mayor, si el pueblo, libre por mí, dedica al verte pasar, esa es la esposa, el dueño de nuestro Libertador!

En pronunciando estas palabras, la abraza; la sosiega, le promete no salir fuera de los muros; y Moraima le pide repita estas halagüeñas palabras. Moraima cree, Moraima creyó siempre quanto le decía Almanzor; pero su pecho no se sosiega, ni se agota su llanto. Al mismo tiempo, oyese el sonido de las trompetas cerca del palacio: Almanzor se levanta confuso, pone el oído; el ruido de las armas se confunde con el de los caballos; toma su es-

pa-



pada, pónese el ancho turbante, viste su impenetrable coraza, y sin escuchar á Moraima, corre á informarse de la causa de este movimiento.

Apénas llega á la plaza, ve en medio de las hachas, al frente de los negros Africanos, á Alamar, al feroz Alamar, sobre un Caballo de Suz, cubierto de una piel de serpiente, cuyas impenetrables escamas le defienden, revolviéndose en su verde turbante la cabeza horrible y sangrienta.

Príncipe de Granada, le dice el bárbaro, tú duermes y yo voy á pelear: tú reposas al lado de tu esposa, y yo voy á poner fuego á las tiendas de Fernando. Boabdil me ha dado sus órdenes, y solo con mis Soldados atacaré esos fieros Españoles, quienes creyéndose cobardes para sorprehenderlos, esperan entre mil regoeijos que el hambre nos haga cautivos. Yo turbaré

sus fiestas magníficas ; yo inundaré en sangre esas tiendas , en donde habitan los placeres. ¿Almanzor se atreve á seguirme?

Dixo, y el héroe le mira con risueña indignacion. Sosiégate , le responde , Almanzor irá delante de tí. Al punto manda juntar los Zegries y Alabeces , pide un Caballo , toma su pesada maza , vuela al lado de Alamar , semejante al Dios de las batallas , manda desfilar en silencio los tres escuadrones reunidos , y sale por la puerta de Elvira.

Ya van marchando por la espaciosa llanura , y ántes de llegar á las guardias avanzadas , consultan Almanzor y Alamar el órden que ha de observarse. Los Zegries , mandados por Maaz , marcharán al centro del campo , en donde los Guerreros de Castilla guardan á su Reyna Isabel : Alamar

con sus Africanos atacará por la izquierda, defendida por Téllez y los Caballeros de Calatrava: Almanzor y sus leales Alabeces se dirigirán por la derecha; en donde está el Rey Fernando en medio de sus Aragoneses.

Las órdenes dadas, se separan y marchan con paso igual, rápido y sin tumulto. Las tinieblas favorecen á los Moros, y el descuido de sus enemigos asegura el suceso. Inmolan las primeras guardias; las segundas tienen la misma suerte: llegan á los retrinchamientos, y pasanlos los Caballos africanos: los Soldados de Alamar alzan gritos espantosos; los de Almanzor les responden; y los Zegries desde el centro repiten los clamores: los Moros inundan el campo por tres partes á un tiempo; y semejantes á los Leones de Getulia, quando encuentran en el desierto un rebaño de tímidos corderos

llos, así se arrojan sobre los Españoles, los persiguen, degüellan á los que huyen ó resisten, amontonan los cuerpos moribundos, y temen que sus brazos cansados no basten á su furor.

Alamar sediento de sangre, solo y lejos de los suyos, en el tumulto y las tinieblas, discurre por el cuartel de Téllez, deshaciendo, inmolando á su rabia quanto se le presenta. El anciano Téllez, al primer ruido, manda tocar la trompeta, y sin escudo ni casco, con la espada en la mano, precedido de algunas hachas, corre, llama á su caballería. Alamar le oye, corre á él, tiende por el suelo los que le rodean, ase al anciano por sus blancas canas que respetaron mas de cien combates, y de un solo golpe separa la venerable cabeza. El Africano, sin pararse, acomete al esquadron de Calatrava que entónces se juntaba desorden-

nado, obediendo á la voz de Téllez: Alamar llega como un rayo: ahí tenéis, les dice, vuestro Xefe; y arrojándoles la cabeza sangrienta, se precipita entre el esquadron, y lo deshace, lo pone en fuga, cubriendo la tierra de cadáveres. Al mismo tiempo, el valeroso Almanzor llenaba de terror el quartel del Rey. Los Aragoneses atemorizados perecen ó se dispersan. En vano Aranda y Montalvan, sus Xefes, quieren reunir los fugitivos: los Alabeccs, guardando sus puestos, semejantes al mar quando colérico embiste las riberas, avanzan, destruyen, deshacen quanto les podria detener. Almanzor los dirige sin turbacion ni furor, y desdeñándose de dar muerte á los vencidos, piensa más en el fruto de la victoria, que en la sangre que ha de comprarla. Dase la orden, enciéndense las hachas,

ardén las tiendas, los torrentes de espeso humo se levantan, vomitando largas llamaradas que crecen en sinuosas ondas. Alamar y sus Africanos lo descubren, y el fuego corre por el cuartel de Téllez. Caen las tiendas, rebienta el incendio, y las dos llamas se elevan á un tiempo, amenazando su reunión dentro de pocos instantes. Fernando casi desnudo, á las primeras voces, toma la espada y corre veloz á buscar á Isabel, encontrándola á la Reyna, rodeada del Príncipe de Portugal, Lara, Cortes, Aguilar, de todos los héroes de Castilla. Tres veces habían sido rechazados los animosos Zegríes; y su Xefe Maaz, perseguido de Lara, cedia estremecido la victoria. La augusta Isabel iba en persona á socorrer al Rey; quando el Monarca llega en su busca, temiendo su peligro. Su presencia sosiega á Fernando,

y va á acabarse de armar para pelear con Almanzor.

Al oír este nombre, á la fama de sus hazañas, á la vista del vasto incendio que esparce una luz horrorosa, el Príncipe de Portugal, el impetuoso Alfonso, vuela como el tierno ciervo que va á buscar la flecha mortal. Las voces del terror son su guía: corre por entre las llamas, llega, encuentra á Almanzor, dirige á él la lanza, rompiéndose en la coraza del Granadino. Almanzor se para, vuelve hácia el Portugues los ojos ardiendo en ira, va á descargar su enorme maza; pero viéndole á pie y casi solo, la generosidad vence á la cólera, salta del Caballo, saca el alfange, y se va hácia Alfonso, que le espera con la espada en la mano.

Las espadas cruzadas centellean, y las armas resisten á los repetidos gol-

pes. Almanzor recibe en el brazo una profunda herida : Alfonso grita alegre; pero Almanzor empuña con la otra mano el alfange , y atacando de mas cerca á su enemigo , de un revés abre el pecho del intrépido Portugués , y Alfonso cae , haciendo inútiles esfuerzos para amenazar al vencedor. La voz y la vida le faltan en un momento.

¡ Desgraciada Isabel , esposa , amante infeliz del héroe que acaba de espirar ! en este instante te decian como el temerario Alfonso estaba peleando con Almanzor. Las voces de la Reyna , ni los ruegos de Fernando detienen á la tierna Isabel que , pálida , desordenado el cabello , corre al traves de las llamas , gritando Alfonso , Alfonso !. Llega , ve á su esposo , ya despojado del casco , volviendo los ojos entre abiertos hácia Almanzor que se alejaba. ¡ Alfonso mio ! exclama arroján-

do-



dose sobre el cuerpo , Alfonso , espera á tu esposa : el dolor va á unirla contigo. ¿Es este el dulce himeneo que habia de asegurarnos una vida feliz? ¿Son estos los dichosos lazos que nos unian para siempre? Alfonso , amado Alfonso mio , ¿no te bastaba el amor de Isabel? ¡Ay ! yo no merecía el ser tu esposa más tiempo : el destino bárbaro no lo quiere ; pero á lo ménos él no podrá separarnos. Entonces se levanta llena de desesperacion , coge la espada de Alfonso para meterla en su seno , quando la Reyna y Fernando llegan y la detienen. En vano quieren desviarla del sitio funesto : todos los esfuerzos son inútiles ; y desconociendo la voz matèrnal , desecha sus tiernas caricias , vuelve á arrojarse sobre el cuerpo de Alfonso , estrechándolo entre sus débiles brazos.

Almanzor la ve desde léjos á la luz  
del

del fuego devorador, y sin poder re-  
 primir las lágrimas, ¡infeliz de mí!  
 dice, ¡qué es lo que he hecho! ¡Mi  
 brazo inmoló el esposo de aquella viu-  
 da desconsolada! ¡Yo fui la causa de la  
 desgracia de aquel corazón amante y  
 desesperado! ¡Ah! Moraima, Morai-  
 ma, tal vez muy pronto... Al decir esto  
 se aumenta su llanto; pero, apartando  
 tan melancólicos pensamientos, y pre-  
 nunciando el nombre de su Patria, si-  
 gue su rápida carrera, dilata, aumen-  
 ta el incendio, y llega á Alamar; que  
 cubierto de sangre, cansado del san-  
 griento espectáculo, venia á encontrar-  
 le, caminando sobre montones de ca-  
 dáveres.

Los dos héroes regocijados, con-  
 ciertan nuevos designios. A la claridad  
 del fuego, ven un batallón erizado de  
 lanzas, formado, léjos de las ruinas del  
 campo, de ancianos Castellanos, tres

veces vencedor de los Zegries, que Maaz llamaba á retirar. En medio, la Reyna-Isabel, sentada sobre un escudo, sostenida por Fernando, tiene en los brazos á su hija desmayada, la estrecha en su seno, la baña con sus llantos, y procura recordar á la inconsolable viuda, que todavía le queda una madre para su dolor.

Al rededor están Aguilar, Cortes, Guzman y Lara, Xefes, héroes del ejército, enternecidos á la vista de tal espectáculo, indignados contra la fortuna, derramando lágrimas de cólera y compasión, ardiendo por atacar al Moro, pero sin poder alejarse de aquel recinto, último refugio de sus Reyes, último asilo de sus banderas. La yenganza y la rabia los hace estremecer, llevándolos mas allá de sus puestos, parar en busca de Almanzor, pero el Monarca los llama y vuelven pesaro-

sos á su voz: No de otra suerte; el animal valiente, nacido en las rocas de los Pirineos para defensa del rebaño, atado con fuertes cadenas al lado del redil, viéndole á lo lejos al Lobo devorador, se eriza, amenaza, llena el ayre de espantosos aullidos, muere la cadena que sus fuerzas tienen tirante, oyéndose el rechinar de los dientes que afila unos con otros.

Tranquilo en el seno de la victoria, conteniendo en poco el suceso mientras Granada no está libertada, Almanzor propone el reunirse para acometer á la invencible phalange, y acabar la guerra destrozándola; pero las fuerzas del grande Almanzor no obedecen á su valor, y la sangre que corre abundantemente de su herida, el dolor que disimula, aumentado con un instante de reposo, no permiten al valeroso Príncipe volver al combate. Los

Alabeces, temiendo se desgraciase su preciosa vida, se niegan en voz alta á seguirle: los Africanos, el mismo Alamar, satisfechos de las hazañas de la noche, claman por volver á Granada. El héroe los escucha pensativo, meditando un nuevo medio de conservar la ventaja, y aumentar la consternacion de los vencidos. Conociendo quan importante es, en la guerra, inspirar el terror, y que, á veces, las ceremonias suntuosas imponen mas que la victoria, llama al fiero Alamar; junta al rededor de sí sus Capitanes, y tomando aquel noble ascendiente que da á los hombres grandes su propia conciencia, al fin cedo, les dice, Almanzor consiente en descansar; pero ninguno consentirá en perder el fruto de la victoria, ni volver fugitivos á entrar dentro de los muros todavía amenazados. Amigos, juremos todos de no volver

has-

hasta haber echado esos bárbaros, y exterminado nuestros enemigos; levantemos aquí nuestras tiendas; y campemos todo nuestro ejército: opongamos el campo de los vencedores al campo derrotado; y sitiado el Español; experimente ahora los males que tanto tiempo nos hizo padecer.

Los Soldados aplauden, Alamar aprueba el grande intento, y parte en busca del Rey Boabdil, para conducir las tropas y los auxilios necesarios. Llega á la Alhambra, esparce la nueva feliz, y el pueblo prorumpe en aclamaciones alegres. Abrense las puertas de la ciudad; y Boabbil, seguido de Alamar; sale al frente de sus batallones. El campo se inunda de Moros, cargados de armas y víveres; el ejército rodea á Almanzor; llamándole su Dios tutelar; su héroe; su libertador; y el Rey mismo confirma es-

tos gloriosos renombres. Elévanse millares de tiendas, en el espacio circunscrito, levantándose en el centro la suntuosa mansion destinada para Boabdil, Almanzor y los Alabeces se retiran á la derecha, Alamar y los Africanos se colocan en la izquierda. En pocas horas se establece el ejército, ocupando los puestos avanzados tropa fresca y numerosa; y seis mil lanzas, puestas en fila delante del campo, presentan las cabezas sangrientas, que los feroces Africanos traxéron del combate.

Los rayos del dia descubren este espectáculo, y ofrecen á los Castellanos la imágen horrible de tantas desgracias. Las tiendas consumidas, los almacenes humeando baxo montones de ceniza, millares de cadáveres esparcidos, nadando en arroyos de sangre: aquí algunos infelices palpitan todavía baxo las ruinas, allá los Soldados desnudos

recibiéron la muerte durmiendo. Cada uno busca el hermano, el amigo que le falta, quedando engañado su dolor piadoso, al aspecto del cuerpo mutilado, y viendo á lo léjos, en la punta acerada de una lanza, la cabeza del que busca lloroso. La ve, aparta la vista, y se estremece de horror y de espanto.

Fernando, Lara, todos los Xefes, se miran, sin ósar resolver nada: la augusta Isabel palidece: los Castellanos intimidados guardan un silencio pavoroso: el terror se ve en sus rostros: el desórden marcha por el campo; todos tiemblan y se disponen á la fuga; pero Isabel la sabe precaver. Isabel conoce las costumbres, el genio de sus Españoles, y llama á la Religion en socorro de su extinguido valor. Acompañada de dos santos Pontífices, precedida de la cruz, sagrado estandarte del ejército, discurre por entre las fi-



filas, y con acento fervoroso que inspira la esperanza, amigos, les dice, adoremos la mano que nos humilla; ella nos ensalzará. El Dios de los ejércitos está con nosotros: no creais que entregará la victoria á los enemigos que le ultrajan. El quiere probar sus Soldados, quiere que os hagais dignos de la recompensa que os destina. Los que ahora llorais, la poseen ya: sí, aquellos que cortó la segur en esta desastrada noche, nos contemplan desde lo alto del cielo que habitan, mostrándonos la palma inmortal que los Ángeles han puesto entre sus manos. Dexad ya, Christianos, dexad de regar con llanto sus cenizas. Ellos no han menester vuestras lágrimas, y nosotros necesitamos su socorro. Invoquémosle: volvamos los ojos, con respeto y confianza, hácia esos despojos sangrientos, que ahora mirais con espan-

to. Esos son los despojos de los mártires; las reliquias sagradas á que deberémos la victoria. Ellas aseguran la perdicion infalible de los bárbaros Musulmanes, y atraen, sobre esos impíos, la cólera del Todo-poderoso; que jamas dexa sin castigo el ultrage hecho á sus Santos.

Los religiosos Españoles responden con sollozos, jurando morir por su Dios á les pies de su amada Reyna, invocando el Ser supremo, bendiciendo el nombre de Isabel, y animados de nuevo valor, quieren marchar contra el enemigo.

Fernandó modera su ardor, pero sabe aprovecharlo. La mitad de la tropa queda sobre las armas, miéntras la otra recoge los heridos y da sepultura á los muertos. La Reyna les prodiga fúnebres honores, y entretanto, Lara traza, mas allá del campo destruido, un



ancho y vasto recinto, cercándolo de un foso profundo. El dia se pasa en estas tristes ocupaciones , miéntras el ejército abatido , dexa las armas solo para trabajar ; pero la firme constancia , la sumision , la frugalidad de los Castellanos , lo sufre todo sin murmurar. Retíranse á las trincheras , guardando la entrada Soldados escogidos. Todos duermen sobre la tierra , la cabeza apoyada sobre el escudo , las lanzas en la mano , prontos á pelear en oyendo la señal. Los Xefes reposan al lado de los Soldados ; pero los Reyes , aun mas dignos de compasion que sus desgraciados vasallos , no osan entregarse al sueño.

**F I N.**